

MARISA RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO (coord.)

LA EDAD DEL BRONCE,  
¿PRIMERA EDAD  
DE ORO DE ESPAÑA?

Sociedad, economía e ideología

CRÍTICA  
BARCELONA

## 7. LA SOCIEDAD ARGÁRICA

PEDRO V. CASTRO, ROBERT W. CHAPMAN, SYLVIA GILI SURIÑACH,  
VICENTE LULL, RAFAEL MICÓ PÉREZ, CRISTINA RIHUETE HERRADA, ROBERTO  
RISCH, M.<sup>a</sup> ENCARNA SANAHUJA YLL

El sureste de la península Ibérica fue una de las primeras regiones que contó con un registro empírico abundante y sistematizado en entidades arqueológicas gracias a los trabajos pioneros de los hermanos Siret (Siret y Siret 1890). Tales trabajos, continuados por L. Siret a lo largo de toda su vida, se ocuparon de temas diversos relacionados básicamente con el Neolítico y la Edad de los Metales. De cara a la ordenación cronológica e interpretación de los ricos conjuntos del sureste, Siret recurrió con frecuencia a los datos procedentes de las por aquel entonces recién descubiertas civilizaciones egeas, así como a los materiales datados en el antiguo Egipto (Siret, 1906 y 1913). Aunque la investigación posterior ha probado que algunas de las comparaciones efectuadas no eran correctas desde el punto de vista cronológico, la secuencia de la Prehistoria en el sureste propuesta por Siret se erigió en referente obligado de cara a la periodización de las manifestaciones arqueológicas sincrónicas en otras regiones peninsulares.

El Bronce argárico fue el período que contó con un mayor volumen de información y el que mayor atención despertó en los medios especializados. Los poblados y necrópolis argáricas excavadas y publicadas por los Siret (1890) en Almería y Murcia, como El Argar, El Oficio, Fuente Álamo, Gatas, Ifre o Zapata, mostraron una amplia variedad de materiales en excelente estado de conservación, entre los cuales destacaban abundantes objetos metálicos (espadas, alabardas, hachas, puñales, punzones, adornos), recipientes cerámicos de factura cuidada, objetos de piedra pulida, industria ósea, textiles y restos de plantas cultivadas. La mayor parte de estos hallazgos provenía de tumbas de inhumación, casi siempre individuales, depositadas en el subsuelo del espacio habitado. La espectacularidad de los citados hallazgos fue pronto reconocida, de forma que la cultura argárica pasó a ser una de las entidades clásicas de la Edad del Bronce europea.

La investigación sobre la sociedad argárica desarrollada tras la muerte de L. Siret en 1934 se caracteriza por su fragmentariedad. Las excavaciones

arqueológicas, no siempre traducidas en monografías detalladas, se centran en un importante número de yacimientos, entre los que destacan El Argar, La Bastida de Totana, Cerro del Culantrillo, Cerro de la Virgen, El Pícharo, Cerro de la Encina y Cuesta del Negro.<sup>1</sup> Casi todos los esfuerzos de la investigación giraron en torno a la tipología de los materiales y a su atribución cronológica, apoyándose de forma casi exclusiva en consideraciones derivadas de las tumbas y ajuares funerarios excavados por los Siret en los principales yacimientos argáricos de la provincia de Almería, como El Argar, El Oficio y Fuente Álamo (Blance, 1971; Schubart, 1975; Ruiz-Gálvez, 1977). Algunos años más tarde, la obra de Lull (1983) supuso la introducción de criterios morfométricos rigurosos a la hora de establecer la tipología de los materiales argáricos, al tiempo que se ofrecía por vez primera una síntesis globalizadora de la denominada «cultura de El Argar» a partir de la consideración de toda la información disponible hasta entonces.

Salvo raras excepciones datadas ya a comienzos de la década de 1980, el análisis de las relaciones sociales en época argárica no constituyó un área de interés prioritaria, debido al ya mencionado predominio de los intereses cronotipológicos. A partir de los datos proporcionados por los enterramientos, las opiniones oscilaban entre quienes consideraban una semejanza en términos de riqueza (de la Mata Carriazo, 1947), y quienes propugnaban la existencia de formas de desigualdad social basándose en diferencias cualitativas y cuantitativas en la composición de las ofrendas funerarias: elementos principescos que denotaban una sociedad jerarquizada (Arribas, 1967); una sociedad estratificada de jefatura y con fuerte componente militarista (Savory, 1968; Gilman, 1981; Molina, 1983); una sociedad urbana con artesanos especializados, individualización y concentración del poder y la riqueza en manos de verdaderos jefes o caudillos, al estilo de las monarquías acaes (Maluquer, 1972); una diferenciación de la población en la participación en los procesos productivos y en el acceso a la riqueza, con la ruptura de las relaciones gentilicias y la aparición de la familia nuclear y las clases políticas (Lull, 1983), y una sociedad organizada estatal o paraestatalmente (Lull y Estévez, 1986; Lull y Risch, 1996).

El panorama de la investigación empezó a cambiar con el inicio de proyectos que contemplaban la obtención sistemática de evidencias arqueológicas para la resolución de problemáticas paleoecológicas, económicas y sociológicas. Fuente Álamo a finales de los setenta, Gatas a mediados de los ochenta y Peñalosa a finales de la citada década, figuran entre las iniciativas más sólidas. Junto a ellas cabe destacar diversas excavaciones sistemáticas en otros yacimientos granadinos (Terrería del Reloj, Castellón Alto, Loma de la Balunca y Fuente Amarga), almerienses (Lugarico Viejo) y murcianos (El Rincón de Almendricos, Bagil, Los Cipreses, Lorca).

En conjunto, las recientes iniciativas de investigación comienzan a pro-

porcionar una base sólida con el fin de alcanzar un conocimiento más preciso de la organización social de las mujeres y los hombres de época argárica, hasta el momento muy dependiente de hipótesis inferidas a partir de los datos funerarios. En las páginas siguientes esbozaremos un estado de la cuestión sobre el conocimiento de la sociedad argárica, que estará parcialmente apoyado en las aportaciones de orden territorial, económico y sociológico realizadas en el marco del Proyecto Gatas y otros proyectos vinculados a mismo.<sup>2</sup>

## UNA TEORÍA ARQUEOLÓGICA

La acumulación de datos empíricos no debe constituir la meta de la labor arqueológica, ya que dicha acumulación, por sí sola, no hace avanzar el conocimiento. Para ello resulta necesario un entramado teórico que establezca criterios de relevancia en la selección de los datos analizados y que sea capaz de otorgar sentido social a los mismos. En este apartado expondremos sucintamente las directrices de varias teorías arqueológicas elaboradas por nuestro equipo, cuya combinación ha de permitir conocer la organización y dinámica de los grupos sociales a partir de una perspectiva materialista.<sup>3</sup> Dichas teorías se sitúan a dos niveles, uno centrado en la descripción de la empiria arqueológica y otro orientado a la explicación en términos de dinámica social.

En el nivel de contenido más abstracto, donde se manejan conceptos sociológicos y arqueológicos próximos a la explicación histórica, se encuentra la teoría de la producción de la vida social. Esta teoría presenta en forma de enunciados generales cuáles son los factores materiales que se hallan en cualquier tipo de sociedad y que resultan cruciales para su funcionamiento y desarrollo. La teoría de la producción de la vida social está acompañada de un cuerpo teórico adicional, cuya misión reside en servir de puente entre los conceptos generales de aquella y las manifestaciones del segmento de la realidad investigado. Dicho cuerpo teórico conforma el segundo nivel a que hemos hecho referencia, en este caso vinculado directamente con la obtención de evidencias y la categorización de su contenido informativo. En este punto se articulan las teorías de los conjuntos arqueológicos, de los objetos arqueológicos y de las prácticas sociales. Detengámonos un poco más en cada una de ellas.

La teoría de la producción de la vida social conceptualiza las sociedades

2. Proyectos ARCHAEMEDES: *Understanding natural and anthropogenic causes of desertification and land degradation in the Mediterranean Basin* and AGUAS: *Reconstrucción paleoclimática y dinámica de la ocupación humana y del uso de la tierra en la cuenca media del río Aguas (Almería), en el sureste de la península ibérica*, ambos financiados por la DG XII de la UE entre los años 1992 y 1996.

3. Tales formulaciones teóricas han sido ya avanzadas en diversas publicaciones (Castro *et al.*, 1996, 1998a, 1998b, 1999a, 1999b y 1999c).

1. Las referencias bibliográficas generales correspondientes a yacimientos citados en el texto pueden consultarse en Lull (1983), Castro, Lull y Micó (1996) y Castro *et al.* (1998).

humanas desde la noción marxista de «producción» (Castro *et al.*, 1998; Sanañua Yll, 1997), aunque incorpora aportaciones novedosas y elementos procedentes del feminismo materialista y del feminismo de la diferencia. Su finalidad radica en proporcionar una red de conceptos explicativos que den cuenta de los mecanismos básicos de la vida social, independientemente del tiempo y del lugar en que se manifieste. Descansa en dos premisas de partida. En primer lugar, afirma la concurrencia indispensable de tres condiciones objetivas en cualquier forma de vida social: las mujeres, los hombres y los objetos materiales que aquéllas/os utilizan. La expresión física de estas tres condiciones objetivas conforma la materialidad social y, en su traducción arqueológica, los objetos arqueológicos (*infra*). La segunda premisa sostiene que cualquier forma de vida social ha de haber sido producida, es decir, que las tres condiciones objetivas han de haber entrado en relación dialéctica en calidad de objeto de trabajo, fuerza de trabajo, medios de producción y/o productos.

Según la teoría marxista clásica de la producción, ésta se refiere fundamentalmente a la producción de objetos y se articula en tres momentos diferenciados: la producción, la distribución o cambio y el consumo (Marx 1977). Producción y consumo forman una unidad, ya que cualquier proceso de producción carece de sentido si no es consumido, usado o disfrutado. Entre ambos momentos se sitúa la distribución, que, según las circunstancias históricas, puede adquirir formas diversas como el trueque, el comercio, el tributo o el robo. Sin embargo, el momento de la producción mantiene una primacía respecto a los dos restantes, influyendo sobre su forma concreta y erigiéndose en determinante último de la dinámica histórica.

Admitiendo la validez de tales enunciados, hemos considerado oportuno introducir una serie de modificaciones que, a nuestro juicio, profundizan las diferentes acepciones que debe recoger el concepto producción. La novedad más importante ha consistido en la revisión y ampliación del propio concepto clásico de producción, exclusivamente centrado en la producción de alimentos y artefactos, y básicamente androcéntrico al suponer explícita o implícitamente el protagonismo masculino en dicha producción. Así pues, consideramos que toda sociedad se reproduce mediante tres tipos de producción: la producción básica, la producción de objetos sociales y la producción de mantenimiento.

La producción básica alude a la generación de nuevas/os mujeres y hombres, la futura fuerza de trabajo. Su reconocimiento implica la consideración de la reproducción biológica como un proceso de trabajo específico y socialmente necesario, lo cual evita explícitamente la naturalización (ocultación) del mismo. La producción de objetos hace referencia a la obtención y procesado de los alimentos y a todo tipo de artefactos destinados al consumo o al uso. Finalmente, la producción de mantenimiento está destinada a conservar y mantener operativos a los objetos y a los sujetos sociales (hombres y mujeres). Esta producción permite aumentar el valor social de todos ellos sin necesidad de modificar su valor de uso inicial, mediante una inver-

sión de trabajo que mejore o actualice las propiedades físicas, químicas, afectivas o estéticas de aquéllos. Colocar las tres producciones en el mismo plano de necesidad para la producción social exige inevitablemente su valoración conjunta a la hora de emprender cualquier investigación.

Cada una de las tres producciones mencionadas contiene los factores que hemos señalado antes para la producción social general. Tales factores pueden expresarse según un «esquema económico básico» (Risch, 1995 y 1999, en prensa) que incluye objetos de trabajo (OT), fuerza de trabajo (FT), medios de producción (MP) y los productos (P) resultantes de la combinación de los tres primeros.

Las tres producciones involucran mujeres, hombres y objetos producidos y consumidos por la vida social. Cualquiera de los cuatro factores de que constan es susceptible de ser apropiado por agentes ajenos al/la propio/a productor/a. Si tal apropiación supone que los/as productores/as directos/as se ven enajenados/as total o parcialmente del disfrute de lo producido, que va a parar a manos de agentes desvinculados de dicha producción sin que éstos efectúen contrapartidas equiparables en el mismo orden material, nos hallaremos ante la generación de un excedente y, en consecuencia, ante una situación de explotación. De ahí que las preguntas cruciales que debería plantearse cualquier investigación social y, entre ellas, la arqueológica, son: ¿quiénes y de qué modo realizan el hecho social de la producción de hombres y mujeres, de objetos y del mantenimiento de todo ello?, y seguidamente, ¿quiénes se benefician particularmente (consumo/uso/disfrute) de los productos resultantes? En función de las respuestas podremos hablar de dimensión social cuando la explotación se establece entre clases, grupos de edad y/o sexos, y de diferenciación sexual cuando la explotación se ejerza exclusivamente sobre todo o parte del colectivo femenino.

El lugar que ocupen los diversos grupos de hombres y mujeres en función de los mecanismos de apropiación definirá las relaciones sociales de producción en cada una de las tres producciones (básica, de objetos sociales y de mantenimiento). La combinatoria de las relaciones sociales de producción presentes en éstas conformará los modos de reproducción social.

Con todo ello, tratamos de remitir la determinación social al ámbito objetivable de la producción material. La conciencia no es anterior a la experiencia, y ésta se halla mediatizada por el lugar que ocupan individuos y grupos en el esquema de las producciones y en las eventuales relaciones de explotación establecidas en ellas.

La aplicación arqueológica de la teoría de la producción de la vida social exige establecer claves para reconocer los factores de la producción en la materialidad empírica. Para ello, es necesario establecer el sentido relacional existente entre la producción social y los objetos arqueológicos. De ahí la necesidad de una teoría específica para estos últimos (Lull, 1988). Los objetos arqueológicos no son unidades de significado pleno y unívoco del mismo orden, ni su estudio debe agotarse en una analítica formal (tipología). Se han distinguido tres planos de expresión que pueden estar presentes en su



totalidad o en parte: circundato, arteuso y artefacto. Según éstos, la materia que conforma el objeto arqueológico informa sobre el estado del mundo físico, entendido como litosfera/biosfera (plano de circundato), sobre su dimensión como recurso natural apropiado o desechado en relación con el consumo alimentario o con la fabricación de artefactos (plano de arteuso) y sobre su dimensión como materia transformada artificialmente en bien mueble o inmueble (plano de artefacto).<sup>4</sup>

La tarea asignada a la teoría de los objetos arqueológicos consistirá en establecer la relación entre los tres planos de expresión y los factores que componen el esquema económico básico de cada una de las tres producciones sociales. El factor OT (objeto de trabajo) se identifica con el plano de expresión de arteuso, puesto que en OT se incluyen los segmentos del mundo físico obtenidos o desechados en el marco de la producción social. En la producción básica, los restos óseos de las mujeres proporcionan información sobre la dimensión arteusual de su cuerpo y sobre su participación en la reproducción biológica. En la producción de objetos sociales, los OT son las materias primas empleadas en los procesos productivos, ya sea la tierra, las fuentes de energía o ciertos segmentos de biomasa. En la producción de mantenimiento, el papel de OT es ocupado por criaturas de ambos sexos, mujeres y hombres, y por artefactos anteriormente producidos. El estudio de los OT también puede requerir conocer el estado del medio físico, objetivo que recae en la investigación paleoecológica, es decir, aquella que se centra en el análisis del plano de los objetos como circundatos.

El factor FT (fuerza de trabajo) hace referencia a la inversión de energía humana en la producción. Este gasto energético puede ser estudiado desde dos dimensiones. En la primera, FT, estrechamente imbricada en el cuerpo femenino y el masculino, resulta reconocible en los restos humanos. Los cuerpos de las mujeres nos informarán de las incidencias de la gestación y del parto, así como de la esperanza de vida de las mismas. Además, estimando el estado de nutrición, higiene y salud de todos los individuos, podremos aproximarnos a la simetría o disimetría entre el desgaste por trabajo y el acceso al producto social expresado mediante el consumo de alimentos y el disfrute de toda una serie de cuidados relacionados con el mantenimiento de la vida. La segunda de las dimensiones mencionadas en cuanto al estudio del gasto de energía se aborda a partir de los planos artefacto o arteuso de los productos. En este caso, será necesario evaluar el gasto energético exigido en los procesos de producción necesarios para la obtención y/o mantenimiento de aquéllos.

4. Estos tres planos de expresión se hallan presentes en los objetos de manera acumulativa. Así, un objeto con plano artefactual posee también planos como arteuso y circundato; en este caso, informará sobre cuestiones tecnológicas, formas de explotación de los recursos y también sobre el medio físico de procedencia de la materia prima. Un objeto que muestre un plano como arteuso pero que carezca del artefactual, posará también el plano como circundato. Finalmente, ciertos objetos (muestras paleoecológicas) mostrarán un único plano como circundatos e informarán exclusivamente sobre el estado del medio.

Los MP (medios de producción) son artefactos mediadores en la producción. La producción básica no incluye generalmente MP. Las restantes producciones pueden requerirlos, como es el caso más frecuente, o no, si en el proceso de producción correspondiente resulta suficiente el uso de los órganos corporales. Los MP son reconocibles empíricamente a través de su propia presencia en contextos productivos (por ejemplo, el hallazgo de moldes de fundición en un taller metalúrgico) o a través de las huellas que dejaron sobre otros objetos sociales (por ejemplo, huellas de corte en huesos animales).

Dentro de la categoría de P (productos) distinguimos dos tipos principales. Los productos básicos de la sociedad son las mujeres y los hombres. El conocimiento arqueológico que podemos obtener de ellos proviene fundamentalmente del estudio de los propios restos humanos, en cuanto materia natural socializada. A través del estudio de los restos antropológicos se obtiene información sobre su condición biológica (sexo y edad), así como sobre las repercusiones de las condiciones materiales de su existencia (trabajo, alimentación, salud, higiene). En el segundo tipo de productos, los objetos sociales, podemos distinguir, a su vez, alimentos y herramientas. Los alimentos, como productos subsistenciales, participan en el ciclo reproductor en calidad de regeneradores de energía humana, por lo que su consumo efectivo dificulta su constatación arqueológica. La conservación arqueológica de los alimentos, de no mediar mantenimiento expreso, suele ser casual o bien detectarse a partir de los arteusos residuales de la alimentación (restos de vegetales, conchas de moluscos, restos óseos). En la producción de herramientas también existe la posibilidad de una pérdida de información arqueológica, especialmente cuando los artefactos fueron manufacturados a partir de materias primas (plano arteuso) de carácter perecedero o susceptibles de reutilización o reciclado (por ejemplo, objetos de metal).

Hasta aquí hemos mostrado las posibilidades de conexión entre los enunciados de la teoría general y la información presente en cada objeto arqueológico. Sin embargo, la teoría de la producción de la vida social exige «oraciones», no sólo objetos con significados concretos. Es entonces cuando intervienen las dos teorías restantes: la teoría de las prácticas sociales (Castro *et al.*, 1996) propone oraciones con significado social a partir de la reunión de objetos, mientras que la teoría de los conjuntos arqueológicos es la encargada de suministrar en el momento de la excavación tales reuniones a nivel empírico.<sup>5</sup>

Las prácticas sociales constituyen experiencias relacionales de los hom-

5. No nos detendremos aquí en la teoría de los conjuntos arqueológicos, específicamente dirigida a la definición de unidades de registro con sentido social en el momento de la excavación, puesto que no interviendrá de manera decisiva en la exposición sobre la sociedad argentina. Ello no debe desdeñarse en absoluto su importancia en el proceso de investigación. Antes al contrario, la teoría de los conjuntos arqueológicos media en nuestra experiencia directa con la materialidad del pasado, precisamente en el momento clave en que se generan los datos que expresarán el propio pasado. Una exposición detallada de la teoría de los conjuntos arqueológicos puede consultarse en Castro *et al.* (1999a).

bres y las mujeres entre sí y con la materialidad que utilizan, generan y que ellos/as mismos/as conforman. Marcan en un sentido concreto combinaciones específicas de las tres condiciones objetivas de la vida social (mujeres, hombres y condiciones materiales) y dan como resultado vivencias, convivencias y conciencias. Por lo tanto, las prácticas sociales constituyen el universo fáctico de la existencia social.

Recientemente, hemos dado a conocer una primera aproximación a la teoría de las prácticas sociales (Castro *et al.*, 1996). Por desgracia, el estado de la investigación empírica sobre la sociedad argárica no permite todavía abordar con garantías un estudio sistemático a partir de la teoría de las prácticas sociales. De hecho, tan sólo en un escaso número de yacimientos disponemos de datos detallados sobre áreas de actividad. En consecuencia, la síntesis sobre las relaciones de producción argáricas que expondremos en las páginas siguientes se sustentará en los resultados obtenidos a partir del análisis de determinados tipos de evidencias desde la óptica de las tres producciones de la vida social. Como es de esperar ante esta situación, buena parte de la propuesta esbozada aquí debe considerarse dentro del plano de las hipótesis. Sin embargo, todas las sugerencias presentadas o se basan en datos disponibles o poseen correlatos materiales cuya contrastación será factible en el futuro.

#### LA PRODUCCIÓN DE LA VIDA SOCIAL EN ÉPOCA ARGÁRICA: LA DEFINICIÓN ARQUEOLÓGICA Y LOS LÍMITES GEOGRÁFICOS Y CRONOLÓGICOS DEL GRUPO ARGÁRICO

Los criterios tradicionales para la definición de lo argárico revelaban una serie de rasgos, entre los que figuraban un patrón de asentamiento focalizado en ubicaciones sobre cerros estratégicos cerca de recursos hídricos, la coincidencia espacial hábitat-necrópolis, el desarrollo de la metalurgia ejemplificado en abundantes objetos de cobre/bronce (cuchillos/pañales, punzones, hachas, alabardas, espadas y pequeños adornos) y plata (adornos) y, por último, una producción cerámica sistematizada por los Siret en ocho formas, entre las cuales destacaba la casi total ausencia de motivos decorativos y la calidad de los acabados.

Sin embargo, los nuevos hallazgos han ido cuestionando la especificidad de algunos de estos criterios. Así, el descubrimiento de poblados argáricos en llano y la constatación en regiones peninsulares limítrofes de ciertos elementos funerarios y artefactuales aconsejaron la necesidad de establecer el conjunto de las manifestaciones materiales propiamente argáricas mediante una revisión cuidadosa de la documentación disponible. En este sentido, González Marcén (1993 y 1994) especificó las características definidoras del grupo argárico mediante criterios de significación estadística. Según esta autora, la homogeneidad artefactual inequívocamente argárica se plasma en una serie de asociaciones recurrentes de ajuar funerario y en ciertas cons-

tantes observables en las producciones cerámica y metálica (González Marcén, 1994, pp. 9-10).

Esta labor de definición arqueológica del grupo argárico ha permitido derivar una propuesta de delimitación geográfica (González Marcén, 1993 y 1994), que matiza los puntos de vista anteriores (Siret y Siret, 1890; Taradell, 1947 y 1950; Cuadrado, 1950; Bosch Gimpera, 1954). Según el estudio cronoespacial de González Marcén, el grupo argárico experimentó diversas fases de expansión a lo largo de su diacronía. En el momento de máxima expansión, coincidente con el intervalo cronológico más reciente, ocupó la totalidad de las provincias de Almería y Murcia, la zona centro-oriental de Granada y ciertas comarcas de Jaén, Alicante y Ciudad Real.

El establecimiento de límites cronológicos precisos para el grupo argárico ha constituido el centro de una prolongada controversia (Lull y González Marcén, 1987; González Marcén, 1994). Afortunadamente, esta cuestión está siguiendo prometedoras vías de clarificación gracias al incremento sustancial de las dataciones de C-14 registrado en los últimos años. En la actualidad disponemos de unas ciento veinte dataciones correspondientes a yacimientos argáricos, la mayoría ubicados en la Depresión de Vera almeriense (Gatas y Fuente Álamo). La distribución de los valores calibrados de tales dataciones según el programa CALIB 3.0 (Stuiver y Reimer, 1993) proporciona un intervalo entre *c.* 2375/2350 y 1525/1500 cal. ANE para la duración del grupo argárico (Castro *et al.*, 1993-1994).

Tomando en conjunto la serie de fechas de las edades del metal en el sureste, la temporalidad argárica se sitúa inmediatamente después de la calcolítica, aunque en este punto no hay que descartar la hipótesis sobre una cierta sincronía entre ambas formas sociales, al menos durante algunas décadas hacia 2300/2250 cal. ANE (Castro, González Marcén y Lull, 1993; Castro, Lull y Micó, 1996). Por desgracia, las evidencias disponibles para los momentos finales del Calcolítico y los iniciales de El Argar son todavía demasiado escasas para determinar con precisión esta cuestión cronológica y para conocer cuáles fueron los cambios sociales y económicos acontecidos en estos momentos. Por un lado, en los siglos finales de los grupos calcolíticos se observan determinados signos de transformación, que parecen coincidir (tanto en el sureste peninsular, como en la Estremadura portuguesa) con la extensión del fenómeno campaniforme. Así, en Los Millares la última fase de ocupación se caracteriza por el abandono de la línea defensiva exterior y por una reducción del espacio ocupado, que se concentra en la zona más interna del espolón que ocupa el asentamiento (Arribas *et al.*, 1985). En el Cerro de la Virgen, las técnicas constructivas de las cabañas se simplifican (Kalb, 1969), mientras que la calidad de la producción cerámica parece empeorar en la última fase calcolítica de Almizraque (Delibes *et al.*, 1986). Por otro lado, hay asentamientos que manifiestan un final violento, en vista a la constatación de niveles de destrucción e incendio. Así parece ocurrir, por ejemplo, en Campos (Siret y Siret, 1890, p. 73, lámina 9), El Malagón (Arribas *et al.*, 1978) o Cerro de la Virgen (Schüle, 1980). Si las dataciones

del Fortín I (Castro, González Marcén y Lull, 1993) pueden ser extrapoladas a los demás sistemas de fortificación situados en las cercanías de Los Millares, contaríamos con otro apoyo para hablar de inestabilidad social hacia 2400-2250 cal. ANE.

Con el inicio de la época argárica, la mayoría de los asentamientos calcolíticos se abandonan, otros son reconstruidos bajo principios totalmente diferentes (Cerro de la Virgen, Gatas, Fuente Álamo, Cabezo Negro), a la vez que se produce la fundación de nuevos centros de grandes dimensiones (El Argar, El Oficio, Zapata). En los nuevos poblados, las reminiscencias calcolíticas son escasas o nulas, tanto en la esfera fenomenológica como en los procesos de producción y consumo, lo cual habla en favor de un cambio social radical.

Los cambios sociales y económicos en torno a 2300/2250 cal. ANE no parecen ser un hecho histórico exclusivo del sureste peninsular, sino que podrían estar relacionados con toda una serie de transformaciones todavía mal datadas y poco explicadas que se observan en el Mediterráneo oriental y Europa central y oriental (véase, por ejemplo, González Marcén, Lull y Risch 1992). En muchas regiones, se constata la destrucción de los asentamientos anteriores (por ejemplo, al final del Heládico Antiguo II y de Troya II), la aparición de nuevos asentamientos más preocupados en aislarse y/o defenderse o la proliferación de rituales funerarios con un mayor énfasis en enterramientos individuales con ajuares personalizados. Aunque las formas en que se manifiestan resultan ser variables en cada región, la tendencia generalizada que se impone después de 2250 cal. ANE se caracteriza por un mayor control de la población y de los medios de producción, por la importancia de la producción y uso de armas y adornos de metal, y también por el énfasis en lo individual sobre lo colectivo, con el previsible desarrollo de la diferenciación sexual y la disimetría social. A medida que se profundice en el estudio de los medios y procesos de producción, será posible determinar la estructuras económicas en que se basan estos cambios sociales. Determinar las causas de estos cambios suprarregionales será uno de los temas cruciales para la investigación de la prehistoria reciente del Mediterráneo y Europa central en los próximos años.

Retomando el tema de la temporalidad argárica, el análisis de sus indicadores cronológicos ha permitido distinguir una serie de fases de desarrollo. Las periodizaciones tradicionales (Blance, 1971) proponían dos fases principales (Argar A y B), cada una de ellas caracterizada por un conjunto distintivo de artefactos. Sin embargo, la disponibilidad de secuencias estratigráficas en asentamientos y el incremento de las dataciones de C-14 ha permitido matizar esta propuesta inicial. A partir de estas dos fuentes de datos, González Marcén (1993 y 1994) dividió la dinámica histórica argárica en cinco fases, aunque debe tenerse en cuenta que se trataba de una propuesta basada en la constatación de varias inflexiones en la distribución de la serie global de dataciones de C-14 y que se advertía sobre la posibilidad de detectar dinámicas distintas a escala local. Ello se confirma, por ejemplo,

en Gatas, donde la estratigrafía respaldada por una amplia serie de dataciones absolutas indica que el número de fases ocupacionales argáricas se reduce a tres (Castro *et al.*, 1998a, 1999b y 1999c): Gatas II c. 2250/1950, Gatas III c. 1950-1700 y Gatas IV c. 1700-1550/1500 cal. ANE.

Sin embargo, el análisis cronológico de las asociaciones de ajuar funerario ha revelado una periodización distinta, a la que puede atribuirse una dimensión sociológica inferida a partir de la composición de las propias ofrendas. En este sentido, resulta posible distinguir dos grandes períodos en la diacronía argárica (Castro *et al.*, 1993-1994). El primero comprende desde los inicios hasta c. 1800 cal. ANE, y en él se manifiesta una estructura social dominada por individuos masculinos que aparecen enterrados en covachas o cistas con ajuares que incluyen una alabarda entre otros elementos, como un puñal, vaso cerámico o adornos. Por su parte, los enterramientos femeninos de rango superior incluyen la asociación recurrente puñal/cuchillo y punzón. El resto de los individuos que accedieron al ritual funerario en esta franja cronológica se hallaban asociados a ajuares de menor valor. En el segundo período, desde c. 1800 cal. ANE hasta el final del grupo argárico, se asiste a un cambio en la organización social. El grupo rector masculino asociado a la alabarda deja paso a un reducido núcleo de hombres que fueron enterrados con una espada larga y que hallan su correlato en el sexo femenino en enterramientos con presencia de diadema y la consabida asociación puñal/cuchillo y punzón. Dentro del colectivo masculino aparece a un segundo nivel un grupo relativamente numeroso de individuos asociados al binomio hacha/puñal, mientras que entre las mujeres se aprecia la recurrencia puñal/cuchillo y punzón junto a una cantidad variable de complementos cerámicos y metálicos. Por debajo de estas categorías sociales se establecen otras con ajuares de menor valor. A diferencia de lo que ocurría en el primer período, ahora llama la atención la presencia generalizada de enterramientos de individuos de corta edad y preadolescentes, en ocasiones acompañados de ofrendas relevantes, a partir de lo cual cabe inferir cambios significativos en el orden de las disposiciones hereditarias que se suman a los atisbados en la organización socioeconómica general.

En cuanto a su límite reciente, el cese de las manifestaciones materiales argáricas puede datarse entre c. 1550-1500 cal. ANE. Éstas fueron sustituidas muy rápidamente por una nueva expresión material clasificada bajo el epígrafe de Bronce Tardío del sureste peninsular (Castro, Lull y Micó, 1996). La problemática en torno a las razones que pudieron motivar el final del grupo argárico todavía no ha sido resuelta. La hipótesis formulada de manera más completa alude a una combinación de factores socioeconómicos y ecológicos (sobreeplotación del medio en el contexto de una sociedad disimétrica) que finalmente impidieron la reproducción social (Lull, 1983; Castro *et al.*, 1998b y 1999a). Más adelante volveremos sobre este tema, aunque resulta evidente que todavía quedan diversos aspectos por aclarar.

## LA PRODUCCIÓN DE LA VIDA SOCIAL: LA PRODUCCIÓN BÁSICA

Gracias a las investigaciones centradas en Gatas (Castro *et al.*, 1994b y 1999a), Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1986; Schubart y Pingel, 1995), El Rincón de Almendricos (Ayala, 1991) y Cabezo Negro (Ruiz Parra, 1990), es posible aproximarnos a las producciones argáricas, sobre todo en su fase más desarrollada (posterior a c. 1800 cal ANE). Diferentes elementos apuntan hacia una situación diferente durante los primeros siglos de ocupación de Gatas o Fuente Álamo, en la que estos poblados probablemente no habían adquirido todavía la función central que desempeñarían en el segundo milenio. La continuidad de las formas de enterramiento, de los lugares de asentamiento, así como de numerosos productos cerámicos y metalúrgicos permite plantear como hipótesis de trabajo que nos encontramos ante una formación económico-social en desarrollo, más que ante dos sistemas sociales totalmente diferentes.

En la producción básica, la mujer ostenta todos los factores del esquema económico, mientras su producto es la vida humana que devendrá hombre o mujer. Después de c. 2250 cal. ANE se evidencia un constante aumento demográfico, que parece alcanzar sus cotas máximas durante los siglos finales del grupo argárico. Este aumento se constata principalmente a partir del análisis de las evidencias funerarias (Lull, 1983) y del número de instrumentos de molienda registrados en los asentamientos<sup>6</sup> (Risch, 1995 y 1999, en prensa), hallando también apoyo en las estimaciones basadas en la superficie ocupada por los mismos (Chapman, 1991; Castro *et al.*, 1995a) (figura 7.1).

La especificidad del inventario material argárico iría en contra de la idea de una posible introducción de población foránea. De esta forma, resulta más probable que el incremento demográfico estuviese motivado por una mayor natalidad interna. Además, es de reseñar que la mortalidad infantil aumenta hacia el final del período (Lull, 1983; Buikstra *et al.*, 1995), cuando también se documenta el mayor desarrollo de la producción argárica en el capítulo de objetos. Todo ello tuvo que haber supuesto considerables requerimientos en el ámbito de la producción básica, es decir, sobre el potencial reproductor de las mujeres, ya que de éste dependía la obtención de la fuerza de trabajo necesaria para mantener los niveles productivos. Todavía estamos lejos de conocer con precisión los mecanismos a través de los cua-

6. Los cálculos realizados a partir de los útiles líticos de molienda, teniendo en cuenta la vida de uso y frecuencia de molinos de mano en comunidades autosuficientes no industrializadas, así como el período de ocupación de los yacimientos, la parte excavada de ellos y la representatividad de las muestras (Risch, 1995). Tales cálculos indican que muchos de los asentamientos argáricos de altura podían haber dispuesto de más de cuatrocientos artefactos de molienda en estado operativo. En contextos campesinos autosuficientes, estos medios técnicos garantizarían la alimentación de unas mil personas (Bartlett, 1933; Runnels, 1981; Horsfall, 1987), mientras que en los molinos estatales mesopotámicos del III milenio estos valores se duplicarían e incluso triplicarían (Grégoire, 1992).

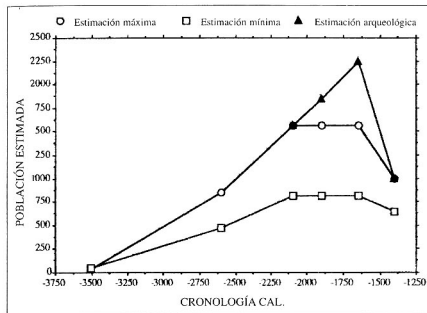


FIGURA 7.1. Desarrollo demográfico del Bajo Aguas durante la Prehistoria Reciente. Las estimaciones máxima (Renfrew, 1972) y mínima (Kramer, 1978) se han efectuado a partir del área ocupada por los asentamientos. En la estimación arqueológica se ha considerado la capacidad productiva de los molinos en uso sincrónicamente.

les se concretaron tales requerimientos y, por consiguiente, si fueron satisfechos mediante la explotación o no del colectivo femenino. En el estado actual de la investigación, tan sólo resulta posible sugerir algunos atisbos referentes a la distribución de las mujeres en el territorio argárico. Según estudios osteométricos realizados por Buikstra y Hoshower (1994) a partir de una muestra de esqueletos argáricos procedentes de las excavaciones de los Siret, se señala la posibilidad de que la población femenina se mantuviese fija en un espacio específico, es decir, que las mujeres argáricas respetasen un patrón de residencia matrilocal. Esta hipótesis puede conjugarse con una segunda indicación proporcionada por los enterramientos dobles con una mujer y un hombre en los que se evidencia una distancia temporal de entorno a un siglo entre la deposición de una y otra (Castro *et al.*, 1993-1994; Lull, 2000). Esta constatación descarta la posibilidad de que tales tumbas dobles representen los cónyuges de una familia nuclear, e impone la necesidad de hallar una explicación coherente con la anterior sugerencia de matrilocidad. A título de hipótesis de trabajo, proponemos un modelo de residencia matrilocal/avunculocal articulado en familias extensas. En virtud de éste, la vida de las mujeres transcurriría en el mismo espacio que las vio na-

cer, mientras que todos los hombres, excepto quizá el avunculo o tío (hermano de la madre), cambiaron de residencia en el momento del matrimonio.

El patrón de residencia matrilocal no constituye en sí mismo un argumento decisivo en favor o no de la explotación de las mujeres. La fijación del colectivo femenino al mismo lugar de nacimiento pudo potenciar vínculos de solidaridad que propiciasen una autonomía en la gestión de sus cuerpos y en las actividades de producción de objetos y de mantenimiento. Sin embargo, la transmisión masculina del poder que posibilita la avunculocalidad no permite descartar la posibilidad de un dominio masculino. Así pues, los argumentos para decidir sobre esta cuestión deben proceder de otros campos de la investigación, que, como la paleoantropología, se interesen por la calidad de vida de las mujeres (tipos y tiempos de las actividades realizadas, alimentación, enfermedades, esperanza de vida) y permitan compararla con la de los hombres. Sólo así podrá averiguarse si la sociedad argárica contempló suficientes contrapartidas materiales hacia las mujeres en función del trabajo invertido por éstas en la producción básica.

Lamentablemente, los estudios disponibles son todavía escasos y, por ahora, sólo queda echar mano de argumentos indirectos a la hora de tratar de profundizar en la cuestión. En este sentido, cabría valorar que la asociación de ajuar funerario más recurrente en enterramientos femeninos (punzón<sup>7</sup> y cuchillo) enfatiza el papel productor más que reproductor (biológico) de éstas. Ello podría implicar la negación en el ámbito ideológico-ritual del valor social del trabajo realizado por las mujeres en la producción básica, mientras que su actividad en otras producciones sí obtendría cierto reconocimiento.

#### LA PRODUCCIÓN DE LA VIDA SOCIAL: LA PRODUCCIÓN DE OBJETOS SOCIALES

##### *La producción y el consumo de alimentos*

Dado que nos encontramos ante comunidades cuya producción subsistencial está basada sobre todo en la agricultura y la ganadería, el recurso natural más importante es la tierra. Es un hecho aceptado que la mayoría de los grandes asentamientos argáricos (1-4 ha) no se encuentran en zonas caracterizadas por un gran potencial de tierras de cultivo en sus inmediaciones (Gillman y Thornes, 1985; Castro *et al.*, 1994a). Ello se debe a una preferencia por los espacios más protegidos y cercanos a las zonas montañosas. La explotación tradicional de este hecho como un intento de aproximarse a los depósitos de mineral no cuenta con apoyo suficiente. Así, además de una posible procedencia no local de los metales (Stos-Gale, Hunt-Ortiz y Gale,

1994), la ausencia generalizada de minerales y escorias o la falta de evidencias de producción metalúrgica argárica en yacimientos como Fuente Álamo o Gatas (Risch, 1995 y 1999, en prensa), situados a escasos kilómetros de afloramientos de calcopirita, malaquita y azurita, representan anomalías importantes.

No obstante, en los últimos años se ha venido descubriendo un número cada vez mayor de yacimientos de pequeñas dimensiones situados en zonas llanas o en laderas poco pronunciadas (Mathers, 1986; Ayala, 1991; Castro *et al.*, 1994a). Sabemos muy poco acerca de estos pequeños poblados, pero, en conjunto, la relación espacial de los asentamientos argáricos con la tierra es muy diferente de la observada durante el Calcolítico. Mientras que antes de 2350/2250 cal. ANE constatamos que el tamaño del asentamiento generalmente no varía de forma proporcional al potencial agrícola de su entorno, en época argárica se establece una relación inversa (Risch, 1995 y 1999, en prensa); es decir, los asentamientos de mayor tamaño y con más habitantes son los que disponen de menos tierra de cultivo en sus inmediaciones. Esta tendencia es muy significativa en cuanto a los terrenos de vega del Cuaternario medio y reciente, situados más próximos a los acuíferos aluviales actuales y, por lo tanto, los de mayores índices de humedad relativa. Ello habría implicado que los grandes asentamientos podrían no haber sido autosuficientes en cuanto al recurso natural prioritario: la tierra. Retomaremos esta cuestión posteriormente.

La concentración de una parte importante de la población en poblados de altura alejados de las mejores tierras de cultivo de las vegas se produjo paralelamente a una reducción en la diversidad alimentaria respecto al Calcolítico, consecuencia de una escasa o nula explotación de recursos tales como la caza, la recolección y el marisqueo. En época argárica, el grueso de la alimentación proteínica de mayor calidad se extrajo de los animales domésticos. La importancia relativa de las distintas especies no varía mucho con respecto al período anterior si nos atenemos al número de restos contabilizados. En las muestras disponibles continúan dominando los ovicápridos, seguidos por los bóvidos. Sin embargo, en términos nutritivos inferidos a partir del peso de los huesos recuperados, la relación suele ser inversa o muy equilibrada entre ambos géneros, mereciendo la pena destacar también el incremento en importancia del caballo en algunos poblados del interior y el papel secundario de los suidos (Driesch, 1972; Lauk, 1976; Driesch *et al.*, 1985; Milz, 1986; Friesch, 1987; Contreras *et al.*, 1992).

A partir de los muestreos carpológicos recientes realizados en Fuente Álamo, Gatas, Peñalosa o Fuente Amarga, cabe señalar un marcado predominio de la cebada sobre cualquier otra especie vegetal (Stika, 1988; Clapham, Jones, Reed y Tenas, 1994; Contreras *et al.*, 1992; Buxó, 1997). *Hordeum sp.* es además el género vegetal identificado en mayor número de yacimientos argáricos (Siret y Siret, 1890; Hopf, 1991; Ruiz Parra, 1990; Santa-Olalla *et al.*, 1947; Hernández y Dug, 1975; Ayala, 1991). El trigo también está presente en la mayoría de los asentamientos, pero según los re-

7. La presencia de punzón se asocia significativamente a enterramientos femeninos (Castro *et al.*, 1993-1994).

sultados de Gatas y Fuente Álamo sólo representa entre un 1 por 100 y un 9 por 100 de los restos de especies cultivadas en todas las fases argáricas. En comparación con el período calcolítico, en el que trigo y cebada presentaban proporciones más equilibradas (Castro *et al.*, 1994a), la dominancia del cultivo de esta última muestra una clara tendencia hacia la especialización de los productos subsistenciales. Por otra parte, las leguminosas también son minoritarias en cuanto al número de restos.

El predominio de la cebada ha llevado a plantear una tendencia al monocultivo extensivo cerealista en régimen de secano, al menos durante los últimos siglos del desarrollo argárico (Ruiz Parra *et al.*, 1992; Castro *et al.*, 1994a, 1994b y 1999a). En este sentido, los cereales de Fuente Álamo presentan unas dimensiones que sugieren más bien unas condiciones de cultivo extremas (Stika, 1988, p. 36), acorde con los suelos semiáridos sobre margas terciarias más próximos a los poblados de altura. Sus rendimientos bajos y variables no tuvieron que haber constituido un problema mientras hubiese habido suficiente fuerza de trabajo y tierra disponible, hecho que al menos en el segundo de estos factores pudo situarse en el límite de las posibilidades territoriales (Castro *et al.*, 1998a y 2000). Así pues, en lo que concierne a los asentamientos de altura, el panorama de la producción agrícola aparece dominado por la práctica de cultivos cerealistas de secano extensivo en régimen de barbecho. El bajo número de taxones de leguminosas aconseja desestimar la práctica de cultivos alternos con los cereales (Castro *et al.*, 1998a y 1999a). El cultivo de las leguminosas, así como de otras especies con ciertas exigencias hídricas, como el lino, pudo haberse llevado a cabo en las parcelas con suelos más fértiles, tal vez con la ayuda de mecanismos sencillos de irrigación. Recientes análisis isotópicos sobre semillas de diferentes especies procedentes de yacimientos de las edades del Cobre y del Bronce del sureste confirman esta hipótesis inicial (Araus *et al.*, 1997).

Cabe destacar que los únicos yacimientos en llano sobre los que hasta el momento contamos con cierta información, El Rincón de Almendricos (Ayala, 1991) y La Loma del Tío Ginés,<sup>8</sup> ambos en Murcia, no se ajustan a esta tendencia, ya que son de pequeña extensión y muestran una mayor importancia de las leguminosas. Las necesidades hídricas de las leguminosas son mayores que las de los cereales y, además, su cuidado implica una estrecha relación espacial entre las comunidades y los territorios agrarios. En este caso, las evidencias concuerdan mejor con un sistema de asentamiento disperso con cultivos en huertas, acerca del cual todavía restaría por evaluar el grado de complementariedad respecto al patrón extensivo de los grandes poblados de altura.

Los todavía escasos datos procedentes de los grandes asentamientos argáricos indican que una parte importante de sus estructuras estaba destinada al almacenamiento y la transformación de cereales. A diferencia de los pe-

8. Agradecemos a Consuelo Martínez Sánchez su gentileza por facilitarnos esta información procedente de excavaciones todavía inéditas.

queños asentamientos de llanura, donde se documentan escasos instrumentos de molienda, llama la atención la presencia masiva de tales artefactos en la superficie y en las estancias investigadas de los grandes poblados. Así, cabe destacar la «casa C» de Ifre, el departamento XVIII de La Bastida, diferentes estructuras aterrazadas de la ladera sur de Fuente Álamo, el espacio 109-210 de la zona C de Gatas y, posiblemente, la habitación del corte I del Cabezo Negro (Risch, 1995 y 1999, en prensa). Tal acumulación de fuerza de trabajo excede las necesidades y posibilidades de unidades domésticas campesinas autosuficientes.<sup>9</sup> En muchos de estos espacios los artefactos de molienda están asociados a contenedores cerámicos u orgánicos para el almacenamiento de cereal, y a artefactos para el mantenimiento de los instrumentos de trabajo. Sin embargo, son escasas las hoces o trillos de sílex (Vila, Clemente y Gibaja, 1994). En Gatas, el cereal incluso es almacenado en estado limpio, es decir, es aportado sin apenas malas hierbas ni glumas.

Nos encontramos ante una situación en la que los asentamientos argáricos más importantes concentran buena parte de la producción subsistencial cerealista y de los medios de producción necesarios para procesarla, aglutinando además una importante cantidad de fuerza de trabajo, que no parece proceder únicamente del propio asentamiento. Poblaciones como las de Gatas IV y Fuente Álamo III y IV, cuya extensión superficial ha permitido estimar poblaciones de entre 300 y 500 habitantes (Chapman, 1991), no sólo procesaron cereal por encima de sus propias necesidades, sino que incluso debieron utilizar fuerza de trabajo externa para la utilización de la gran cantidad de medios de producción registrados en los talleres y almacenes excavados (Risch, 1995 y 1999, en prensa). Por otro lado, el hallazgo de restos faunísticos, hogares/hornos y cerámicas aptas para la preparación y consumo de alimentos atestiguan tales actividades en todos los asentamientos argáricos.

### *La producción y el uso de medios de producción*

En las sociedades preindustriales, los recursos líticos proporcionan buena parte de la materia prima destinada a la fabricación de medios de producción (instrumentos de molienda, alisadores, machacadores, afiladores, etc.). A diferencia de la situación observada durante el Calcolítico, en época argárica observamos una reducción de las materias primas alótonas y, por tanto, de los costos de transporte. Por otro lado, se observa una mayor especialización en cuanto a la selección de las rocas utilizadas para cada uso concreto, con lo cual se mejora la eficacia de los artefactos. La mayor parte de los recursos líticos procede de los cauces fluviales principales, situa-

9. En cambio, hallamos contextos arqueológicos más parecidos en el «palacio oriental» de Ebla, datado a principios del II milenio ANE. Aquí, dieciséis molinos de basalto, con sus correspondientes manos, estaban dispuestos sobre una banqueta a lo largo de los tres muros de la habitación (Matthiae, 1982).

dos a varios kilómetros de distancia de los asentamientos de altura en el caso de Fuente Álamo y Gatas, por lo que el territorio de explotación geológica se solapa con el territorio agrícola de dichos asentamientos (Risch, 1995 y 1999, en prensa; Menasanch, Risch y Soldevilla, 1996). Tan sólo algunas rocas volcánicas utilizadas en la producción de molinos (andesitas), hachas y azuelas (basaltos olivínicos) y determinados tipos de sílex (por ejemplo, el sílex fosilífero) pudieron constituir objeto de intercambio a escala interterritorial.

Los instrumentos metálicos pudieron también insertarse en redes de intercambio interregionales. Así lo sugieren los resultados preliminares de los análisis de isótopos de plomo realizados en una muestra de objetos de Gatas y Fuente Álamo (Stos-Gale, Hunt-Ortiz y Gale, 1994; Castro *et al.*, 1999a). Tales resultados apuntan a que la materia prima no procedía de los afloramientos de la fachada litoral almeriense y murciana, sino probablemente de mineralizaciones situadas en el centro o el occidente de Andalucía. Sin embargo, todavía no disponemos de suficientes análisis como para descartar la posibilidad de una explotación de los recursos mineros locales, tal y como ha venido afirmándose desde tiempo atrás (Montero, 1994). En otro orden de cosas, la escasez de instrumentos cortantes realizados en piedra constituye un argumento indirecto para valorar la importancia de los medios de producción metálicos, a pesar de que la visibilidad arqueológica de los mismos suela quedar infravalorada debido a la práctica de refundiciones, que es de prever usual. Los espacios de fundición del metal son poco conocidos,<sup>10</sup> aunque su escaso número habla en favor de un tipo de producción especializada y centralizada.

En el capítulo de los procesos de producción de los instrumentos, cabe señalar que se incrementa su variabilidad, mientras que el volumen de instrumentos de trabajo producidos aumenta también de forma pronunciada. Si utilizamos indicativamente los datos publicados correspondientes a artefactos líticos procedentes de estructuras domésticas, el aumento del volumen de la producción entre el período Calcolítico y El Argar es de un 300 por 100. Con los registros líticos superficiales y sistemáticos realizados en un buen número de yacimientos del III y II milenios cal. ANE en la franja litoral de Murcia y Almería, estos valores incluso se incrementarían (Risch, 1995 y 1999, en prensa). En el caso de Gatas, este aumento incluso ha podido ser determinado con un índice de medida independiente (figura 7.2).

Una diferencia importante con respecto al período anterior es la mejora de la productividad en la elaboración de los instrumentos de trabajo líticos y, probablemente, también en la cerámica (Colomer, 1995). Además, la inversión de energía por herramienta, entendida como unidad, es menor

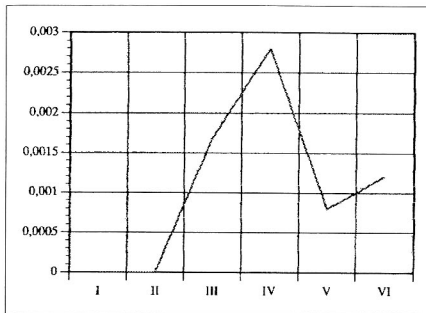


FIGURA 7. 2. Frecuencia de artefactos de molienda en las diferentes fases de ocupación de los sondeos de Gatas por unidad de volumen de sedimento excavado (I: preargárico; II-IV: Argar; V-VI: Postargar).

(Lull y Risch, 1996). La consecuencia más directa de este ahorro energético es una menor estandarización morfométrica de muchos instrumentos líticos. Durante el período argárico, esta reducción de costos de producción parece afectar de forma especial a los instrumentos cortantes (hachas, azuelas, puntas de flecha e industria laminar en especial), cuya presencia resulta muy escasa.

Por otro lado, desde la perspectiva de su utilidad, los medios de producción mejoraron considerablemente su eficacia con respecto al período anterior. En muchos asentamientos se observa una normalización del soporte material de los instrumentos a partir de una mayor estandarización de las rocas utilizadas. Asimismo, se constata un mayor grado de estandarización de las superficies activas, lo que indica un uso más especializado de algunas herramientas.<sup>11</sup> Muchas de ellas representan una novedad entre los medios de

10. Tenemos noticias de tales espacios metalúrgicos en El Argar, El Oficio (Siret y Siret, 1890), La Bastida (Santa-olalla *et al.*, 1947), Cobatilla la Vieja (Lull, 1983, p. 335) y Peñalosa (Contreras *et al.*, 1989).

11. Es el caso, por ejemplo, de los molinos de micaesquisto granatífero con superficies activas de perfil transversal convexo, de los artefactos abrasivos, tales como los alisadores alargados de pizarra con huellas de uso muy específicas, y de los pulidores con ranura, además de los moldes, las mazas de micro-gabro con ranura, las plaquetas con y sin perforaciones, los martillos especializados y los «yunques» de rocas duras.

producción de la prehistoria reciente del sureste y posiblemente estuvieron relacionadas con la fabricación o el mantenimiento de herramientas de metal.

La eliminación de las producciones que exigen un alto grado de elaboración, la reducción de los «costos» de producción y transporte, la mejora de las materias primas utilizadas y la mayor especialización y diversificación de los instrumentos de trabajo muestra un énfasis en la mejora de la productividad y en el uso de los medios de trabajo. El carácter «especializado» del artefacto argárico se manifiesta por su uso concreto más que por su elaboración producción y su forma estandarizada.

Nos encontramos, pues, ante testimonios que sugieren una mejora de la productividad y un aumento de la producción. Además, observamos una concentración de la producción en ciertos lugares de actividad. Así, sorprende la abundancia de espacios de producción que pueden ser interpretados como «talleres» especializados, donde suelen convergir instrumentos de trabajo líticos, óseos, vasijas de almacenamiento y pesas de telar. Estas últimas pueden indicar la importancia de la producción de tejidos de lino, documentados esporádicamente como tales o a nivel botánico en el registro arqueológico. Así pues, parece tratarse de talleres destinados sobre todo a la producción textil y al procesado de cereal.

Los instrumentos de trabajo empleados y acumulados en sus espacios de producción ponen de manifiesto que el sistema de producción argárico tuvo un carácter radicalmente diferente al calcolítico. Las áreas de trabajo artesanal, espacialmente dispersas y dedicadas a la producción de medios de trabajo y artefactos de consumo a menudo muy elaborados, con una amplia circulación transregional, fueron sustituidos en época argárica por edificios o espacios multifuncionales donde se producían todos los objetos sociales necesarios y donde se concentraba un importante volumen de fuerza productiva.

### *La producción y el uso de productos de consumo*

Como es de esperar, el giro en los medios de trabajo argáricos se refleja en un cambio radical de los productos. La producción más destacada de objetos de consumo parece haber sido la textil centrada en la manufactura del lino, a juzgar por la presencia de pesas de telar en muchos talleres.<sup>12</sup> Hasta el momento, ninguno de los tejidos argáricos conservados está realizado a partir de productos derivados de animales, como la lana o el cuero (Hundt, 1991). Los recursos naturales para la producción de vestidos también deben proceder de las zonas de vega ubicadas a cierta distancia de los asentamientos de altura argáricos.

Los demás productos secundarios no instrumentales son escasos y se reducen sobre todo a armas y algunos elementos de decoración personal. Des-

conocemos los lugares de producción de los mismos, pero sí contamos con información detallada acerca de su consumo individualizado, gracias a las evidencias funerarias. Éstas manifiestan una apropiación muy desigual de los productos metálicos, que permite, considerando conjuntamente los ajuares cerámicos, la diferenciación de cinco categorías sociales (Lull y Estévez, 1986). Además, cabe recordar que los objetos metálicos parecen ser los únicos que participaron de forma masiva en relaciones de distribución o intercambio interregional.

Asimismo, el rico registro funerario argárico revela que el volumen total de artefactos amortizados por cada comunidad en el ritual se incrementa con respecto al Calcolítico. Ello debió de tener consecuencias en la producción de objetos sociales, ya que ésta debió de reemplazar los medios de trabajo y artefactos de consumo amortizados en forma de ajuar.

### *La producción de la vida social: la producción de mantenimiento*

Una de las producciones de mantenimiento más visibles y que parece haber desempeñado un papel destacado es el almacenamiento centralizado de instrumentos de trabajo (Risch, 1995 y 1999, en prensa). En este sentido, destaca la ocupación B en el corte 39 de Fuente Álamo, donde se encontraron veintidós molinos utilizados y en estado operativo dispuestos en varias pilas. En la mencionada «casa C» de Ifre ocurría lo mismo con diez artefactos de molienda. También se han registrado depósitos de dientes de hoz en Fuente Álamo y en El Argar. En el caso de los artefactos de molienda, los datos cuantitativos recogidos sugieren que en los asentamientos existían unos medios potenciales suficientes para incrementar sustancialmente el procesado de cereal en cualquier momento. Desde un punto de vista estrictamente económico, este hecho resulta difícil de explicar, dado que parece absurdo almacenar el capital constante, y más cuando éste es relativamente fácil de generar. El elevado número de artefactos y el hecho de que hasta un 50 por 100 de los molinos estuviese almacenado en algunos momentos o espacios, sugiere que la fuerza de trabajo no era utilizada de forma continuada.

Aunque carecemos de información acerca de la distribución y la accesibilidad social de los productos subsistenciales de origen animal, sí que contamos con claras evidencias de una acumulación de la cebada. En toda una serie de yacimientos (Lull, 1983) se han identificado espacios con grandes recipientes de cerámica, arcilla, piedra o materiales vegetales que contenían cereal, y que sugieren que existía un almacenamiento centralizado que excedía el ámbito doméstico.<sup>13</sup> En general, se ha determinado que la mayor

12. La discusión en torno a la identificación arqueológica de los telares a partir del número de pesas documentado sigue abierta (Castro Curel, 1986).

13. También deberían incluirse entre las estructuras de mantenimiento las construcciones circulares de piedra documentadas en Fuente Álamo (Schubart y Pingel, 1995) y, con dimensiones más reducidas, en Gatas (Castro *et al.*, 1994b), si su función como hórreos quedase confirmada.



abundancia de estos contenedores coincide con los espacios y/o los períodos con mayor volumen de instrumentos destinados a la molienda del cereal. Resulta también destacable el almacenamiento de agua en grandes cisternas, como las documentadas en Fuente Álamo (Schubart y Pingel, 1995) o El Oficio (Siret y Siret, 1890).<sup>14</sup>

Por otra parte, el almacenamiento del cereal en grano o molido parece haber estado sometido a un sistema de medidas, que ha podido ser sugerido a partir del estudio volumétrico de los contenedores cerámicos de Gatas.<sup>15</sup> La probable normalización de los recipientes de almacenamiento apunta, al igual que los factores característicos de la producción de alimentos, hacia una acumulación, transformación y distribución de los productos de consumo que excede el ámbito doméstico y que se encuentra controlada socialmente para la totalidad de la comunidad desde los grandes asentamientos de altura.

Otras producciones de mantenimiento se orientaron a la conservación de la productividad de los instrumentos de trabajo. Es interesante observar que muchos de los instrumentos líticos introducidos en época argárica y que ofrecen mayor estandarización del soporte material y de las superficies activas, estaban relacionados con el trabajo o el mantenimiento de herramientas de metal (por ejemplo, plaquetas/afiladores perforadas o no, algunos de los pulidores con ranura central, piedras de afilar y martillos de rocas duras). Además, una serie de artefactos (percutores y alisadores) muy frecuentes en los citados talleres de producción sirvieron para el mantenimiento de las superficies activas de los artefactos de molienda. El mantenimiento de su productividad requería procesos abrasivos y de percusión especializados, como han comenzado a mostrar los estudios experimentales y funcionales (Menasch, Risch y Soldevilla, 1996).

En general, parece que después de 2350-2250 cal. ANE la producción de mantenimiento de la fuerza productiva cobró más importancia, a medida que aumentaron los niveles de producción básica y de implementos. El agotamiento o desgaste detectado en los recursos naturales, los instrumentos de trabajo y la fuerza de trabajo (expresado en la mortalidad infantil o en el campo de las paleopatologías) fue incrementándose al avanzar el período argárico. Aunque todavía resulta difícil su cuantificación exacta, mientras en el Calcolítico la producción de objetos superaba la producción de mantenimiento, con El Argar se estableció una situación inversa. El desgaste de la fuerza productiva (FT y MP) convirtió las producciones de mantenimiento de hombres, mujeres e instrumentos de trabajo en un elemento indispensable del sistema de producción.

14. Asumiendo que se trata, en efecto, de cisternas construidas en época argárica.

15. Una primera parte de este trabajo ha sido adelantado por Colomer (1995).

## LA DISTANCIA SOCIAL DURANTE LA ÉPOCA ARGÁRICA

La investigación sobre la presencia o no de mecanismos de explotación de la sociedad argárica requiere el examen en términos de apropiación de los factores del esquema económico básico (OT, FT, MP y P) en cada una de las tres producciones de la vida social.

En el caso de la producción básica, la matrilocalidad implica, dejando puntualmente de lado su función definidora de prácticas socioparentales, una fijación espacial de las mujeres. Este hecho, no tiene por qué haber implicado una apropiación de las mujeres a escala global, convirtiéndolas en propiedad privada. Los datos demográficos sugieren que las mujeres realizaron un sobretabajo reproductivo; sin embargo, para plantear que el plusproducto resultante (el mayor número de hijos/as) constituyó un verdadero excedente apropiado (es decir, si las reproductoras fueron explotadas), es preciso valorar datos correspondientes a otras esferas relacionales de la vida social. En este punto, resulta indispensable averiguar si las encargadas de la reproducción se beneficiaron o no de contrapartidas suficientes en otras actividades laborales. La falta de análisis osteológicos sobre esqueletos femeninos argáricos impide avanzar una respuesta segura, ya que por el momento desconocemos los efectos de las cargas laborales soportadas por las mujeres y/o si su dieta resultaba diferencial con respecto a la de algunos varones o a la del conjunto de los mismos. Así las cosas, resulta obligado acudir a otro tipo de indicadores para tratar de avanzar en esta cuestión. En este sentido, la ya comentada asociación recurrente de puñal/cuchillo y punzón a un buen número de enterramientos femeninos puede ser interpretada como una valoración ritual de su papel productivo por encima del reproductivo, circunstancia que hace sospechar que la contribución de las mujeres en la producción básica no implicó el disfrute de contrapartidas laborales en otros ámbitos de la producción, sino todo lo contrario: además de gestar y parir, las mujeres argáricas debían participar en otras actividades productivas que, al fin y al cabo, proporcionaron en algunos casos el reconocimiento social expresado en los ajuares funerarios. De ahí que tal vez el trabajo en la producción básica constituyera realmente un sobretabajo no reconocido como tal y, en consecuencia, susceptible de ser apropiado por la totalidad o una parte del sector masculino.

Otro elemento relevante radica en la propia composición de los ajuares funerarios, concretamente en los más ricos. El análisis efectuado por Lull y Estévez (1986) mostró que ciertas mujeres accedieron a objetos del máximo valor social (por ejemplo, diademas). Sin embargo, fueron sistemáticamente excluidas de otros, como hachas, alabardas y espadas, que sólo aparecen asociados a hombres (Castro *et al.*, 1993-1994; Micó, 1993). Lo significativo de esta exclusión reside en el hecho de que a las mujeres, sea cual sea su posición social, les fue vedado el acceso y, previsiblemente, el manejo, a los medios de defensa y ataque más eficaces. La indefensión que de ello se de-

riva puede ser leída en clave de subordinación. En suma, aunque todavía carecemos de datos concluyentes, fundamentalmente paleoantropológicos, que permitan asegurar la explotación de las mujeres, existen elementos que sugieren una respuesta afirmativa.

Los hombres y las mujeres, como resultado de la producción básica, parecen haber estado sometidos a determinadas barreras espaciales, dada la escasa movilidad que parece caracterizar gran parte de los procesos de trabajo. Sin la existencia de límites territoriales que impidan una comunicación interregional generalizada entre las diferentes comunidades, resulta difícil explicar las notables diferencias observadas tanto en el uso de materias primas como en el desarrollo de las fuerzas productivas entre los principales asentamientos. Aun así, la separación espacial entre las áreas de vivienda y las estructuras de fabricación de productos acabados en el interior de cada uno de estos territorios políticos y, en el marco de los grandes asentamientos de altura, la presencia de talleres de producción y de espacios de almacenamiento de productos y medios de producción frente a la escasez de espacios con un claro carácter doméstico, sugiere la existencia de mecanismos de disociación entre residencia y ámbitos de producción.

El consumo individualmente desigual de la producción de objetos sociales queda patente en la producción y el consumo de los artefactos de metal. Los recursos naturales y los medios de producción necesarios para la fabricación de estos artefactos no eran de acceso generalizado (la materia prima era probablemente alóctona y los medios de producción aparecen en un reducido número de espacios). Ello supone un incremento artificial del valor de cambio, entendido como el costo de la producción metalúrgica, que no parece haberse dado durante el período calcolítico, cuando las evidencias de esta producción indican que se trató de una actividad proporcionalmente menos importante, y con más generalizada y con un mayor peso de los recursos locales. Por el contrario, en época argárica el uso de artefactos de metal en forma de medios de trabajo parece haber sido una necesidad global para toda la sociedad, dada la escasez y/o el bajo rendimiento de los útiles equivalentes fabricados en otras materias primas. Por tanto, el desarrollo de las fuerzas productivas argáricas supuso el aumento de la importancia del uso de los instrumentos metálicos, entendido como protagonismo exclusivo en los procesos de trabajo que requerían medios de corte o perforación.

Asimismo, el uso de artefactos de metal como productos de consumo de carácter coercitivo y ornamental vuelve a estar socialmente restringido y representa para sus propietarios/as unos medios de coerción física y psíquica (Lull y Risch, 1996). Así pues, el grupo argárico representa la primera sociedad que dispone de un armamento especializado de carácter ofensivo (alabardas y espadas), cuya propiedad y manejo fue prerrogativa de un reducido grupo de hombres. Este hecho no puede explicarse tan sólo como solución al problema de la protección de la comunidad, ya que, de ser así, lo lógico sería esperar que la responsabilidad de la defensa recayese sobre toda la población y que, en tal caso, el acceso a las armas estuviese generaliza-

do.<sup>16</sup> En cambio, la clara disimetría observada en este ámbito apunta más hacia una situación de coerción social por parte de un sector del grupo.

El control sobre la producción metalúrgica posibilitó el establecimiento de relaciones de dependencia social en el caso de los medios de producción y de coerción. Así, mientras que la mayoría de la población dependía de los escasos centros de producción, los consumidores de los productos finales, sobre todo ornamentales y coercitivos, disfrutaban y amortizaban objetos cuya fabricación no parecen participar directamente, a juzgar por la segregación espacial entre tumbas de máxima riqueza y espacios de fundición. La apropiación de armas y ornamentos parece ser el correlato consuntivo de una producción socialmente restringida. Este grupo de consumidores/as convirtió la metalurgia en propiedad, situándose en una posición desde donde controlar el valor de cambio de los productos de uso social generalizado. En suma, podemos concluir que la distribución de los costos y los beneficios de la producción metalúrgica dentro de la sociedad argárica era desigual e implicaba la existencia de excedentes materiales y explotación social.<sup>17</sup>

Las características cualitativas y cuantitativas de los medios de producción líticos y cerámicos indican un aumento de la productividad y de la producción en los grandes asentamientos de altura. Podría plantearse que la explotación argárica residió precisamente en la apropiación por parte de la clase dominante de los instrumentos de trabajo indispensables para la obtención de productos de consumo (alimentos y vestidos), tal como parece ser el caso de los útiles metálicos. Sin embargo, la abundancia de la mayoría de las materias primas y la sencillez de la producción de otros medios de producción, como los molinos, la cerámica y las pesas de telar, sugiere que la función de los grandes asentamientos y la explotación social no se basó en la apropiación y el control de los instrumentos de trabajo, a excepción de los útiles metálicos (*supra*) y de la fabricación cerámica a partir de c. 1800/1700 cal. ANE (Colomer, 1995).

El marcado énfasis en una producción cerealista de secano, que se caracteriza por una escasa productividad pero una elevada resistencia a la aridez y capacidad de adaptación a suelos pobres, parece ser la consecuencia de la insuficiencia de las zonas de vega más productivas para garantizar las necesidades subsistenciales de la población. La cebada no debió ser el producto agrícola exclusivo, pero pudo representar la única posibilidad de aumentar la producción subsistencial, a la vista, de la ausencia de mejoras de la productividad en la ganadería, entendida en términos de un mayor apro-

16. Resulta sugerente constatar que, en el Calcolítico, los elementos de defensa más evidentes (fortificaciones) sí protegían a la totalidad de la comunidad que dispuso de ellos.

17. Un aspecto en el que sería interesante profundizar son los mecanismos de obtención de los productos metalúrgicos por parte de las elites (apropiación directa o intercambio). Otro tema relevante se plantea al observar la elevada normalización morfométrica de ciertos recipientes cerámicos (Lull, 1983; Colomer, 1995), hecho que podría estar en función de la existencia de talleres especializados bajo control político.

vehemente de los productos derivados (Risch, 1995). Este aumento de la producción cerealista extensiva fue, al menos en parte, causa y consecuencia del aumento de la fuerza de trabajo en el sistema económico, tal como manifiesta el constante desarrollo demográfico observado a lo largo de todo el período argárico. Las variaciones anuales en las cosechas de especies más sensibles a las condiciones de humedad, como las legumbres, el trigo o el lino (250-750 mm), implicó una mayor o menor dependencia de la población con respecto a la producción de cebada. Estas necesidades fluctuantes también podrían constituir una de las causas para el almacenamiento de artefactos de molienda con un desgaste intenso. Sin embargo, estas estrategias agrícolas y estas prácticas socioeconómicas no implican en sí mismas formas de apropiación desigual, ni la aparición de los asentamientos de altura con sus talleres y almacenes. El transporte de los productos agrícolas, como la cebada o el lino, así como de buena parte de los medios necesarios para su transformación, desde las zonas de producción primaria hasta los asentamientos de altura, exigió una carga en trabajo difícil de explicar en el contexto de una economía subsistencial autogestionada.

Las relaciones de propiedad decisivas pudieron establecerse en torno al principal recurso natural, la tierra, así como en una parte relevante de los productos generados. Así, mientras que una agricultura hortícola con una elevada productividad se circunscribe a espacios muy concretos situados en las zonas de vega, la agricultura cerealista de secano implica la disponibilidad de grandes extensiones de tierra y de abundante fuerza de trabajo. El elemento decisivo del sistema socioeconómico argárico tiene que haber sido el dominio de los territorios agrarios, cuyos rendimientos cerealistas anuales aparecen acumulados y gestionados en los asentamientos centrales. Limitar el acceso social a los productos de consumo indispensables, imponer un desplazamiento espacial importante y promover la elaboración de estos productos en talleres determinados, implica una organización estricta de la fuerza de trabajo y una gestión fiable de los recursos disponibles, sobre todo si tenemos en cuenta que la transformación de los granos de cereal en un producto comestible es una necesidad diaria (Lull y Risch, 1996). Los patrones volumétricos de los contenedores cerámicos pueden constituir una manifestación de este control de la producción. Al permitirse sólo la salida de un producto de corta conservación (harina) o de corta vida de uso (vestidos), se disponía de un mecanismo de dependencia efectivo que permitió la concentración de la fuerza de trabajo en determinados lugares, sin necesidad de una apropiación directa. Esta, además de procesar el cereal de toda la comunidad, podía ser utilizada en toda una serie de actividades de producción y mantenimiento documentadas en los grandes edificios argáricos. De esta forma, el control espacial y económico de la producción básica y de objetos sociales indispensables para la vida humana generó unas formas de explotación inéditas hasta entonces.

En la producción de mantenimiento de la vida social existen elementos que apuntan hacia un consumo desigual y confirman la generación de plus-

producto y de plusvalía en la producción subsistencial. Por otra parte, hemos señalado en otro trabajo (Castro *et al.*, 1993-1994) que hasta *c.* 1800 cal. ANE los enterramientos masculinos con armas (alabardas y espadas cortas) sólo corresponden a individuos adultos que, en muchos casos, alcanzaron edades avanzadas (Kunter, 1990, y Micó, 1993). Esta pauta indica que la clase dominante gozaba de una esperanza de vida mayor, debido al disfrute de unas mejores condiciones materiales de existencia. Con posterioridad a *c.* 1800 cal. ANE la clase dominante estuvo encabezada por un reducido número de hombres asociados a espadas largas, por encima de un grupo algo más numeroso, también masculino, enterrado con ajuares que cuentan al menos con un hacha. En este período, se amplió el rango de edad de los individuos masculinos de la clase dominante con derecho a ajuar, incluyéndose ahora algunos neonatos y subadultos (por ejemplo, las sepulturas Argar 307, 434, 810 y 849). Este hecho, probablemente vinculado a un nuevo régimen de disposiciones hereditarias, no contradice por ahora la cuestión sugerida para el período anterior a *c.* 1800 cal. ANE. Sobre este punto, es interesante señalar que si bien las paleopatologías detectadas en Gatas (Buikstra y Hoshower, 1994) se asocian a individuos pertenecientes a todas las categorías sociales, aquellos con mayor reconocimiento en el ajuar funerario tienden a presentar una mayor esperanza de vida. La esperanza de vida de la clase dominante pudo incrementarse únicamente al recibir mayores cuidados y/o realizar menores esfuerzos físicos; es decir, gracias a una dismetría en el consumo de la producción de mantenimiento.

Las evidencias materiales de grupo argárico muestran una serie de prácticas sociopolíticas que acompañan la producción social y que contribuyen a una mejor definición de las relaciones sociales de producción. Así, la existencia de territorios demarcados resulta contradictoria con la normalización de la fenomenología en las producción cerámicas y metalúrgicas (Lull, 1983; Risch y Ruiz, 1995). Pensamos que la relación de poder se establece mediante un elemento material y otro formal. En la normalización de la expresión formal de estos productos manufacturados reside la identidad de las relaciones de explotación y la unidad de los intereses del poder. Detrás de esta fuerte estandarización se esconden marcadas desigualdades entre los individuos en cuanto a los medios de trabajo, la fuerza productiva y los grados de explotación de las comunidades. No todos los asentamientos muestran la misma preocupación por mejorar las condiciones técnicas de la producción (Risch, 1995 y 1999, en prensa). Los objetos sociales y, con ellos, gran parte de la materialidad social, expresan una homogeneidad represiva que oculta las diferencias económico-sociales propias de una situación de conflicto territorial y de una excesiva segmentación del sistema de producción. En la normalización de la expresión de determinados productos se manifiesta la identidad de las relaciones de explotación y la unidad de los intereses del poder, por encima de las barreras sociopolíticas internas y de las diferencias en las formas de producción entre los territorios regionales (Lull y Risch, 1996). Al contrario que en el Calcolítico, la ausencia de relaciones de inter-

cambio generalizadas indica que el sistema de información entre las comunidades estaba mediatizado y sesgado por intereses de clase. Tan sólo las elites se encontraban interconectadas, dieron cuenta de los rasgos materiales definitorios de la sociedad argárica y forzaron las prácticas sociales que la caracterizan.

Junto a esta segmentación interna, existe una clara delimitación territorial de El Argar hacia el exterior. Desde el punto de vista material, se aprecia una exclusión en el espacio argárico de todo elemento vecino o simplemente ajeno (Lull y Risch, 1996). El comportamiento coercitivo y unificador del poder argárico a través de sus expresiones materiales también queda plasmado en lo que podríamos denominar la «expansión» del sistema. La distribución espacial de las dataciones absolutas del grupo argárico muestra que, en el transcurso de su desarrollo, el territorio argárico se expandió desde un área original localizada entre las cuencas de Vera y del Guadalentín, hasta abarcar, transcurridos quinientos años, un territorio que comprendía desde el sur de la Meseta y del País Valenciano hasta las costas meridionales de Almería y Granada (González Marcén, 1991 y 1994).

Desde la teoría social, la delimitación espacial (territorios) y temporal (acumulación y herencia)<sup>18</sup> implica la institucionalización de unas relaciones de explotación características de sociedades estatales. En la sociedad argárica, el excedente de productos deja de ser de consumo directo para convertirse en bienes gestionados, almacenados y transformados según los intereses de la clase dominante.

Desde el punto de vista de la teoría económica, el modelo argárico resulta original por su capacidad de generar excedentes sin necesidad de desarrollar extensas redes de intercambio. Los excedentes proveían, por un lado, de una probable explotación de las mujeres en el seno de la producción básica; por otro, de relaciones de explotación en la producción de objetos sociales: control centralizado de ciertos medios de producción (por ejemplo, los metálicos), del objeto de trabajo (tierra/territorio), de la fuerza de trabajo humana (centralización de la misma y disimetrías en los cuidados recibidos) y de los productos finales (como muestra la composición diferencial de los ajuares funerarios). Las características principales de estas relaciones de producción verticales, sobre todo a finales de época argárica, implicaron una economía de subdesarrollo, dada la baja productividad de la economía en relación con la gran fuerza de trabajo empleada.

Esta situación de explotación económica justifica la propuesta de caracterización de la sociedad argárica en términos de Estado. El mantenimiento de las relaciones de explotación por medio de la fuerza se manifiesta a través de la aparición de un grupo restringido de individuos masculinos con armas especializadas, hecho inédito hasta entonces en la Prehistoria Reciente del sureste peninsular. La estructura política estatal se encargó de dotar de límites territoriales estrictos a la sociedad. El grupo argárico se caracteriza

por su impermeabilidad hacia las manifestaciones materiales corrientes en regiones vecinas contemporáneas, como, por ejemplo, los elementos del ajuar campaniforme. La materialidad argárica muestra un alto índice de uniformidad y apenas resquicios para la expresión subjetiva, consecuencia del respeto a normas estrictas de fabricación de artefactos y a una reglamentación no menos estricta de los intercambios y de la movilidad personal. La clase dominante monopolizó este ámbito para su beneficio, generando o potenciando la dependencia material por parte de los grupos sometidos y manteniendo la explotación consiguiente mediante el recurso a la coerción.

#### EL FINAL DE LA SOCIEDAD ARGÁRICA

Resulta interesante retomar la idea de Lull (1983) acerca de la posibilidad de que la formación argárica hubiese sufrido un colapso socioeconómico, en el que habría tenido un papel importante un colapso ecológico inducido antrópicamente. Lull enfatizó el papel de la metalurgia en una doble vertiente: (1) como actividad que habría requerido grandes cantidades de combustible natural y que, en consecuencia, habría favorecido la deforestación y la degradación medioambiental y (2) como actividad que habría exigido un importante volumen de mano de obra en detrimento de la requerida por la producción alimenticia, con la consiguiente merma en el potencial laboral disponible para la producción subsistencial.

Con los datos actualmente disponibles de Gatas y de otros yacimientos de las tierras bajas del sureste, cabría mantener la idea de Lull acerca de la insuficiencia del medio para satisfacer las demandas de una formación social como factor clave a la hora de explicar la desaparición de los rasgos fundamentales de la sociedad argárica. Esta idea básica admite un matiz respecto a la formulación inicial de Lull: en lugar de considerar la metalurgia como actividad catalizadora de la degradación ecológica, este papel pasa a ser desempeñado por el conjunto de la producción agropecuaria y manufacturera argárica. Las exigencias en productos alimentarios (cereales fundamentalmente), combustibles y materias primas, sin olvidar los efectos del pastoreo, aparecen ahora como las principales responsables de la degradación a gran escala del bosque mediterráneo más o menos abierto que constituía la cobertura vegetal de las tierras medias-bajas del sureste (Castro *et al.*, 1998a, 1999a y 2000). El sistema productivo argárico era esencialmente depredador de recursos naturales y descansaba en la necesidad de tierras para el cultivo dedicadas una producción cerealista y de materias primas para un sector manufacturero de carácter excedentario. El mantenimiento o incremento de los niveles de producción dependían de la capacidad para extender las áreas de cultivo mediante una gran inversión en trabajo humano, en un contexto en el que la regeneración natural de los suelos era lenta y no era favorecida significativamente mediante el arado, el abonado o la irrigación artificiales. Esta situación, sugerida para las tierras bajas orientales del sures-

18. Sobre este tema, puede consultarse Castro *et al.* (1998b).

te, debe ser obviamente contrastada en otras regiones del territorio argárico, como Granada y Jaén, donde las condiciones de la producción agrícola supusieron tal vez un impacto medioambiental menos intenso que en las comarcas litorales y prelitorales de Almería y Murcia.

Así pues, al menos en dichas comarcas del sureste, el sistema productivo funcionó gracias a una continua presión sobre la vegetación y los suelos. Si a este esquema añadimos que las necesidades en términos de trabajo eran satisfechas a través del incremento en el volumen de mano de obra, disponemos ya de los factores principales para entender la dinámica socioeconómica. Ésta pudo articularse en torno a una espiral de crecimiento que cabe imaginar como una «huida hacia adelante»: la necesidad de excedentes condujo a la roturación de tierras cada vez más alejadas de los asentamientos, las cuales, para ser trabajadas y transportados sus productos, necesitaban el concurso de una mayor cantidad de mano de obra que, a su vez, requirió para su manutención un mayor volumen de alimentos, y así sucesivamente. La crisis definitiva se produjo cuando los recursos productivos no fueron suficientes para mantener un volumen de excedentes agropecuarios políticamente distribuidos en la producción secundaria y para la manutención de la mano de obra y de los individuos desligados total o parcialmente de los procesos de trabajo. Llegada una situación límite (en la que imaginamos una importante reducción de la cobertura vegetal, aunque no necesariamente una degradación absoluta del paisaje), bastaron pocos años (unos treinta según las estimaciones más ajustadas del C-14 calibrado) para que la sociedad del sureste experimentara cambios muy importantes. De uno u otro modo, por revolución o por disolución, los mecanismos económico-políticos del Estado argárico cesaron y dieron paso a una nueva organización social y económica.

#### AGRADECIMIENTOS

La investigación necesaria para el desarrollo de este trabajo ha sido parcialmente financiada con el apoyo de la D.G. XII de la Unión Europea (proyectos Archaeomedes y Aguas), la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía (Proyecto Gatas), la Dirección General de Investigación Científica y Técnica del Ministerio de Educación y Ciencia (DGICYT: PB 90-0470, CE94-0006) y el Comissionat per Universitats i Recerca de la Generalitat de Catalunya (CIRIT: Grup de Recerca d'Arqueoecologia Social Mediterrània, ajuts 1996SGR 00092, 1998SGR 00068 y 2000SGR 00051).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Araus, J. L., R. Buxó, A. Febrero, M.ª D. Camalich, D. Martín, F. Molina, M.ª O. Rodríguez-Ariza y J. Voltas (1997), «Identification of Ancient Irrigation Practices based on the Carbon Isotope Discrimination of Plant Seeds: a Case Study from the Southeast Iberian Peninsula», *J.A.S.*, 24, pp. 729-740.
- Arribas, A. (1967), «La Edad del Bronce en la península ibérica», en J. M. Gómez Tabanera ed., *Las raíces de España*, Madrid, pp. 85-108.
- (1968), «Las bases económicas del Neolítico al Bronce», en M. Tarradell ed., *Estudios de economía antigua de la península ibérica*. Vicens Vives, Barcelona, pp. 33-56.
- Arribas, A., F. Molina, F. Carrión, F. Contreras, G. Martínez, A. Ramos, L. Sáez, F. de la Torre, I. Blanco y J. Martínez (1985), «Informe preliminar de los resultados obtenidos durante la VI campaña de excavaciones en el poblado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería), 1985», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II, pp. 245-262.
- Ayala, M.ª M. (1991), *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la cuestión*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.
- Banks, E. C. (1967), *The Early and Middle Helladic small objects from Lerna*, University Microfilms, Ann Arbor.
- Bartlett, K. (1933), *Pueblo Milling Stones of the Flagstaff region and their relation to others in the Southwest*, Museum of Northern Arizona, Bulletin 3, Flagstaff.
- Blance, B. (1971), *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*, S.A.M., 4, Berlín.
- Buikstra, J., P. V. Castro, R. W. Chapman, N. Gale, P. González Marcén, A. Grant, M. Jones, V. Lull, M. Picazo, R. Risch, M.ª E. Sanahuja Yll y S. Stos-Gale (1989), «Proyecto Gatas. Segunda Fase: Informe preliminar del estudio de los materiales», *A.A.A.*, 1989, pp. 214-218.
- Buikstra, J., P. V. Castro, R. W. Chapman, P. González Marcén, L. Hoshower, V. Lull, R. Micó, R. Risch, M. Ruiz Parra y M.ª E. Sanahuja Yll (1995), «Approaches to class inequalities in the Later Prehistory of Southeast Iberia: the Gatas project», en K. Lillios ed., *The origins of complex societies in Late Prehistoric Iberia*, Int.Mon. in Prehistory, University of Michigan, ARC.S. 8, pp. 153-178.
- Buikstra, J. y L. Hoshower (1994), «Análisis de los restos humanos de la necrópolis de Gatas», en Castro et al. (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sureste de España c. 2500-900 cal ANE*. Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 339-398.
- Buxó, R. (1997), *Arqueología de las plantas*. Crítica, Barcelona.
- Carrión, F., J. M. Alonso, E. Rull, J. Castilla, B. Cebrián, J. L. Martínez, M. Haro y A. Manzano (1993), «Los recursos abióticos y los sistemas de aprovisionamiento de rocas por las comunidades prehistóricas del sureste de la península ibérica durante la prehistoria reciente», en *I.A.A.*, 1985-1992. *Proyectos*, Huelva, pp. 295-309.
- Castro, P., R. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.ª E. Sanahuja Yll (1993-1994), «Tiempos sociales de los contextos funerarios argáricos», *A.U.M.*, 9-10, pp. 77-105.

- stro, P. V., R. Chapman, E. Colomer, S. Gili, P. González Marcén, V. Lull, R. Micó, S. Montón, C. Rihuete, R. Risch, M. Ruiz Parra, M.ª E. Sanahuja Yll y M. Tenas (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sureste de España c. 2500-900 cal ANE*, Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.
- stro, P. V., R. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.ª E. Sanahuja Yll (1996), «Teoría de las prácticas sociales», *Complutum*, 6 extra. Homenaje a M. Fernández-Miranda, vol. II, pp. 35-48.
- stro, P. V., R. W. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.ª E. Sanahuja Yll (1998a), *Agua Project. Palaeoclimatic reconstruction and the dynamics of human settlement and land-use in the area of the middle Aguas (Almería), in the south-east of the Iberian Peninsula*, European Commission, Directorate XII. Science, Research and Development, Luxemburgo.
- stro, P. V., R. W. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.ª E. Sanahuja Yll (1999a), *Proyecto Gatas 2. La dinámica arqueocológica de la ocupación prehistórica*, Monografías Arqueológicas, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.
- stro, P. V., R. W. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.ª E. Sanahuja Yll (1999b), «El yacimiento de Gatas y la investigación de la sociedad argárica», *Axarquía*, 4, pp. 6-39.
- stro, P. V., R. W. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.ª E. Sanahuja Yll (1999c), «Agricultural production and social change in the Bronze Age of southeast Spain: the Gatas Project», *Antiquity*, 73 (n.º 282), pp. 846-856.
- stro, P. V., R. W. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.ª E. Sanahuja Yll (2000), «Archaeology and Desertification in the Vera Basin (Almería, south-east Spain)», *European Journal of Archaeology*, 3 (2), pp. 147-166.
- stro, P. V., E. Colomer, R. Chapman, S. Gili, P. González, V. Lull, R. Micó, S. Montón, M. Picazo, C. Rihuete, R. Risch, M. Ruiz Parra, M.ª E. Sanahuja Yll y M. Tenas (1993), «Proyecto Gatas. Sociedad y Economía en el sureste de España c. 2500-800 antes de nuestra era», en *I.A.A., 1985-1992 Proyectos*, Junta de Andalucía, Huelva, pp. 401-415.
- stro, P. V., E. Colomer, M. Fernández-Miranda, M.ª D. Fernández-Posse, A. García, S. Gili, P. González Marcén, J. L. López Castro, V. Lull, C. Martín Morales, M. Menasanch, R. Micó, I. Montero, S. Montón, L. Olmo, C. Rihuete, R. Risch, M. Ruiz Parra, M.ª E. Sanahuja Yll y M. Tenas (1994a), *Archaeomedes Final Report. Subproject: «Temporalities and desertification in the Vera Basin, south east Spain»*, Cap. 3, «Ecosocial dynamics: human and natural coevolution». Informe presentado a Directorate XII. Science, Research and Development (Unión Europea), pp. 85-141.
- stro, P. V., E. Colomer, T. Escoriza, M. Fernández-Miranda, M.ª D. Fernández-Posse, A. García, S. Gili, P. González Marcén, J. L. López Castro, V. Lull, C. Martín Morales, M. Menasanch, R. Micó, S. Montón, L. Olmo, C. Rihuete, R. Risch, M. Ruiz Parra, M.ª E. Sanahuja Yll y M. Tenas (1995a), «Territoires économiques et sociaux dans le bassin de Vera (Almería, Espagne) depuis c. 4000 cal BC jusqu'à nos jours», en *L'Homme et la Dégradation de l'Environnement*, XV<sup>e</sup> Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes, Éditions APDCA, Juan-les-Pins, pp. 299-313.
- stro, P. V., S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.ª E. Sanahuja Yll (1998b), «Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el sureste ibérico», *B.A.A.*, 33, pp. 25-77.
- Castro, P. V., P. González Marcén y V. Lull (1993), «Cronología y tiempo de los grupos arqueológicos en el sureste de la Península Ibérica (c. 3000-1000 cal ANE)», *C.P.U.G.*, en prensa.
- Castro, P. V., V. Lull y R. Micó (1996), *Cronología de la Prehistoria Reciente de la península ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. B.A.R.I.S., 652, Oxford.
- Castro, P. V., V. Lull, R. Micó y C. Rihuete (1995b), «La prehistoria reciente en el sureste de la península ibérica. Dimensión socioeconómica de las prácticas funerarias», en R. Fábregas, F. Pérez Losada y C. Fernández Ibáñez eds., *Arqueología da morte. Arqueologia da morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*, Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos, 3. Xizxo de Limia, pp. 127-167.
- Castro Curel, Z. (1986), «Avances de estudios cuantitativos y localización de pondera en asentamientos peninsulares», *A.E.*, 9. Coloquio sobre el microespacio, 3, pp. 169-186.
- Chapman, R. W. (1991), *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Crítica, Barcelona.
- Clapham, A., M. Jones, J. Reed y M. Tenas (1994), «Análisis carpológico del proyecto Gatas», en Castro et al. (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sureste de España c. 2500-900 cal ANE*, Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 633-645.
- Colomer, E. (1995), *Pratiques sociales de manufacture cerámica, análisis morfológicos y tecnológicos al sud-est de la península Ibérica, 2200-1500 cal ANE*, tesis doctoral de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- Contreras, F., A. Morales, L. Peña, B. Robledo, M.ª O. Rodríguez Ariza, J. L. Sanz y G. Trancho (1992), «Avance al estudio de los ecofactos del poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Una aproximación a la reconstrucción medioambiental», *A.A.A.*, 1992, vol. II, pp. 263-274.
- Contreras, F., F. Nocete, M. Sánchez, R. Lizcano, C. Pérez, C. Casas, S. Moya y J. A. Cámara (1989), «3.ª campaña de excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), A.A.A., II, pp. 227-236.
- Driesch, A. Von Den (1972), *Osteoarçhæologische Untersuchungen auf der Iberischen Halbinsel*. S.T.I.H., 3, Munich.
- Driesch, A. Von Den, J. Boessneck, M. Kokabi y J. Schäffer (1985), *Tierknochenfunde aus der bronzezeitlichen Höhensiedlung Fuente Álamo, Provinz Almería*. S.T.I.H., 9, Munich.
- Eiroa, J. J. (1994), «Novedades sobre el Calcolítico y Bronce Antiguo en Murcia», en Castro, L. y Reboreda, S. (eds), *Edad del Bronce*. Xizxo de Limia, pp. 155-195.
- Friesch, K. (1987), *Die Tierknochenfunde von Cerro de la Encina bei Monachil, Provinz Granada*. S.T.I.H., 11, Munich.
- Gilman, A. (1981), «The development of social stratification in Bronze Age Europe», *C.A.*, 22/1, pp. 1-23.
- Gilman, A. y J. B. Thorne (1985), *Land-Use and Prehistory in South-East Spain*, Allen and Unwin, Londres.
- González Marcén, P. (1991), *Cronología del grupo argárico. Ensayo de fastificación radiométrica a partir de la curva de calibración de alta precisión*, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.

- (1994), «Cronología del grupo argárico», *R.A.P.*, 4, pp. 7-46.
- González Marcén, P., V. Lull y R. Risch (1992), *Arqueología de Europa, 2250-1200 a.C. Una introducción a la Edad del Bronce*, Síntesis, Madrid.
- Grégoire, J.-P. (1992), «Les grandes unités de transformation des céréales: lexemple des minoteries de la Mésopotamie du sud à la fin du III<sup>e</sup> millénaire avant notre ère», en *Prehistoire de l'agriculture: nouvelles approches expérimentales et ethnographiques*, Monographie du CRA, 6, CNRS, Paris, pp. 321-339.
- Hernández, F. y I. Dug (1975), *Excavaciones en el poblado de El Picacho*, E.A.E., 95, Madrid.
- Hopf, M. (1991), «Kulturpflanzenreste aus der Sammlung Siret in Brüssel», en Schubart, H. y H. Ulreich, *Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret*, M.B., 17, Philipp von Zabern, Maguncia, pp. 397-413.
- Horsfall, G. A. (1987), «Design theory and grinding stones», en B. Hayden ed., *Lithic studies among the contemporary Highland Maya*, University of Arizona Press, Arizona, pp. 323-377.
- Hundt, H.-J. (1991), «Gewerbereste aus den frühbronzezeitlichen Gräbern von El Argar (Almería)», en H. Schubart y H. Ulreich, *Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret*, M.B., 17, Philipp von Zabern, Maguncia, pp. 414-431.
- Kalb, P. (1969), «El poblado del Cerro de la Virgen de Orce (Granada)», *X.C.N.A.*, pp. 217-225.
- Kramer, C. (1978), «Estimating prehistoric populations: An ethnoarchaeological approach», en *L'Archéologie de l'Iraq du début de l'époque Néolithique à 33 avant notre ère— Perspectives et limites de l'interprétation anthropologique des documents*. Colloque International CNRS, n.º 580.
- Kunter, M. (1990), *Menschliche Skelettreste aus Siedlungen der El Argar-Kultur*, Philipp von Zabern, Maguncia.
- Lauk, H. D. (1976), *Tierknochenfunde aus bronzezeitlichen Siedlungen ibei Monachil und Purullena (Provinz Granada)*, S.T.I.H., 6, Munich.
- Leisner, G. y V. Leisner (1943), *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel: Der Süden*. Walter de Gruyter, Berlin.
- Lull, V. (1983), *La cultura de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Akal, Madrid.
- (1988), «Hacia una teoría de la representación en arqueología», *R.O.*, 81, pp. 62-76.
- (2000), «Argaric society: Death at home», *Antiquity*, 285 (vol. 74), pp. 581-590.
- Lull, V., y J. Estévez (1986), «Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas», *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 441-452.
- Lull, V., y R. Risch (1996), «El Estado Argárico», *Verdolay*, 7, *Homenaje a la doctora A. M.ª Muñoz*, pp. 97-109.
- Malquer de Motes, J. (1972), «Proceso histórico-económico de la primitiva población peninsular», *Inst. Arq. y Preh. de la Universidad de Barcelona*, 20, pp. 49-52.
- Martínez Rodríguez, A., J. Ponce y M.ª M. Ayala (1996), *Las prácticas funerarias de la cultura argárica en Lorca-Murcia*, Ayuntamiento de Lorca, Lorca.
- Marx, K. (1977), *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política («Grundrisse»)*. Crítica, Barcelona, «Obras de Marx y Engels», 21.
- Mata Carriazo, J. de la (1947), «La Edad del Bronce», en R. Menéndez Pidal ed. (1947), *Historia de España*, vol. I, t. I, Espasa-Calpe, Madrid, pp. 755-852.

- Mathers, C. (1986), *Regional development and interaction in south-east Spain (6000-1000 b.c.)*, tesis doctoral, Universidad de Sheffield.
- Matthiae, P. (1982), «Fouilles de Tell-Mardikh-Ebla, 1980: les Palais Occidentale de l'époque amorrite», *Akkadia*, 28, pp. 43-65.
- Meillassoux, C. (1977), *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI, México.
- Menaschán, M., R. Risch y J. A. Soldevilla (1996), «Las tecnologías del procesado del cereal en el sureste de la península ibérica durante el III y el II milenio ANE», en H. Procopio ed., *Mouldre et broyer*, Publications du CNRS, Sophia-Antipolis, en prensa.
- Micó, R. (1993), *Pensamientos y prácticas en las arqueologías contemporáneas. Normatividad y exclusión en los grupos arqueológicos del III y II milenios cal ANE en el sureste de la península ibérica*, tesis doctoral (edición microfotográfica). Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- Milz, H. (1986), *Die Tierknochenfunde aus drei argarzeitlichen Siedlungen in der Provinz Granada (Spanien)*, S.T.I.H., 10, Munich.
- Molina, F. (1983), *Prehistoria de Granada*, Don Quijote, Granada.
- Montero, I. (1994), *El origen de la metalurgia en el sureste peninsular*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería.
- Renfrew, C. (1972), *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the third millennium BC*, Methuen, Londres.
- Risch, R. (1995), *Recursos naturales y sistemas de producción en el Sureste de la Península Ibérica entre 3000 y 1000 antes de nuestra era*, tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- (1999), *Recursos naturales, medios de producción y explotación social. Un análisis económico de la industria lítica de Fuente Alamo (Almería)*, 2250-1400 ANE, M.B., Philip von Zabern, Maguncia (en prensa).
- Risch, R., y M. Ruiz Parra (1995), «Distribución y control territorial en el sureste de la península ibérica durante el tercer y segundo milenio a.n.e.», *Verdolay*, 6, pp. 77-87.
- Ruiz Gálvez, M. (1977), «Nueva aportación al conocimiento de la cultura de El Argar», *T.P.*, 34, pp. 85-107.
- Ruiz Parra, M. (1990), *El Cabez Negro: estudio coarqueológico de un asentamiento argárico*, Trabajo de investigación presentado en la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- Ruiz Parra, M., R. Risch, P. González Marcén, P. V. Castro, V. Lull y R. W. Chapman (1992), «Environmental exploitation and social structure in prehistoric southeast Spain», *J.M.A.*, 5 (1), pp. 3-38.
- Runnels, C. N. (1981), *A Diachronic Study and Economic Analysis of Millstones from the Argolid, Greece*, tesis doctoral, University of Indiana, Indiana.
- Savory, H. N. (1968), *Spain and Portugal*, Londres.
- Sanahuja Yll, M.ª E. (1997), «Sexual el pasado. Una propuesta arqueológica», en *La historia de las mujeres en el nuevo paradigma de la Historia*, Col. Laya, n.º 17, Asociación Cultural Al-Mudayna, Universidad Complutense, Madrid, pp. 15-24.
- Santa-Olalla, J. M., B. Sáez Martín, C. F. Posac, J. A. Sopranis E. del Val (1947), *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II de la Bastida de Totana (Murcia)*, Ministerio de Educación Nacional. Comisaría de Excavaciones Arqueológicas. Informes y Memorias n.º 16, Madrid.
- Schlanger, S. H. (1991), «On manos, matates, and the history of site occupations», *Am. A.*, 56, pp. 460-474.

- Schubart, H. (1975), «Cronología relativa de la cerámica sepulcral en la cultura de El Argar», *T.P.*, 38, pp. 79-92.
- Schubart, H., y O. Arteaga (1986), «Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El Argar», *Homenaje a Luis Siret (1934-84)*, Sevilla, pp. 289-307.
- Schubart, H., y V. Pingel (1995), «Fuente Álamo: eine bronzezeitliche Höhensiedlung in Andalusien», *M.M.*, 36, pp. 150-164.
- Schüle, W. (1980), *Orce und Galera: zwei Siedlungen aus dem 3 bis 1 Jahrtausend v. Chr. im Südosten der Iberischen Halbinsel I: übersicht über die Ausgrabungen 1962-1970*, Philipp von Zabern, Maguncia.
- Siret, L. (1906), *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, Madrid.
- (1913), *Questions de chronologie et d'éthnographie ibériques I: De la fin du Quaternaire à la fin du Bronze*, Paul Geuthner, Paris.
- Siret, H., y L. Siret (1890), *La primeras edades del Metal en el sureste de España*, Barcelona.
- Stika, H.-P. (1988), «Botanische Untersuchungen in der bronzezeitlichen Höhensiedlung Fuente Álamo», *M.M.*, 29, pp. 21-76.
- Stos-Gale, Z. A., M. Hunt-Ortiz y N. H. Gale (1994), «Análisis elemental y de isótopos de plomo de objetos metálicos de Gatas», en Castro *et al.* (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sureste de España c. 2500-900 cal. ANE*, Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 470-496.
- Stuiver, M., y P. J. Reimer (1993), «Extended 14C data base and revised Calib 3.0 14C Age calibration program», *Radiocarbon*, 35, 1, pp. 215-230.
- Vila, A., I. Clemente y J. F. Gibaja (1994), «Análisis de la industria lítica de Gatas», en Castro *et al.* (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sureste de España c. 2500-900 cal. ANE*, Memoria de investigación presentada en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 426-439.
- Weiss, H., M.-A. Courty, W. Wetterstrom, F. Guichard, L. Senior, R. Meadow y A. Curnow (1993), «The genesis and collapse of third millennium North Mesopotamian Civilization», *Science*, 261, pp. 995-1.004.
- Wilson, J. M., y J. R. Witcombe (1985), «Crops for arid lands», en G. E. Wickens, D. V. Goodin y D. V. Field, eds., *Plants for arid lands*, Allen and Unwin, Londres, pp. 35-52.